

La caña de nescar

ST

BIG

10

DE

udio de la Torre

COLECCION TEATRO

Nº 217



LA CAÑA DE PESCAR

BIBLIOTECA
SAULO TORON

ST

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	289587
N.º Copia	479873

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN
ESTA COLECCION

- Núm. 20. (Extra.) "En el camino negro" y "El collar".
" 32. "La Cortesana".
" 81. "Quiero ver al doctor" (en colaboración con Mercedes Ballesteros).
" 132. "El río que nace en junio".

LA CAÑA DE PESCAR

COMEDIA EN TRES ACTOS,
ORIGINAL DE

CLAUDIO DE LA TORRE

EDICIONES
ALFÍL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO 1958

COLECCION
TEATRO

DIRECTOR
MANUEL BENITEZ SANCHEZ-CORTES

217

© 1959, by ESCELICER, S. A. Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

DEPÓSITO LEGAL: M. 4.088 - 1959.

TALLERES GRÁFICOS ESCELICER, S. A.—CANARIAS, 38, MADRID.

"Me parece excesiva la modestia de Claudio de la Torre al explicar las razones por las que fué estrenada anoche su comedia "La caña de pescar", pues si bien todas ellas son de peso se ha olvidado la principal, que es, a mi juicio, la excelente calidad literaria de la obra, su gracia y delicadeza, el interés que despierta su trama y la habilidad con que están desarrollados sus distintos episodios.

Es, en cierto modo, una comedia de enredo, si bien la materia enredada no es la habitual en esta clase de comedias, sino materia más sutil y poética, la fantasía de una mujer, que, al coincidir con una situación real, entra en conflicto con ella, la transforma, llega a despojarla de su vulgaridad cotidiana y la levanta hasta esa zona en que la realidad se iguala al ensueño.

Sería obvio destacar, a estas alturas, cualidades que la copiosa obra teatral de Claudio de la Torre da por descontadas: la fineza del diálogo, el perfil exacto de los personajes; la destreza con que la trama está planteada y desarrollada y el hábil manejo de los elementos con que juega.

Alguien decía, en el entreacto, que es una comedia intelectual. Yo no me atrevo a asegurarlo, aunque sólo sea porque ya no se sabe bien qué quiere decirse con esto de "teatro intelectual". Para mí, no lo es "La caña de pescar", aunque tampoco sea obra realista. Me gustaría encajarlo con toda propiedad en el clásico de comedia a secas, de comedia en que la imaginación tiene campo ancho para volar, aunque sin romper nunca el hilo que la ata a la vida."

TORRENTE BALLESTER
(De "Arriba")

Esta obra fué estrenada en el Teatro Nacional María Guerrero,
la noche del 31 de octubre de 1958, con el siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición en escena.)

<i>Ramón</i>	ANGEL PICAZO.
<i>Adriano</i>	MARI-CARMEN DÍAZ DE MENDOZA.
<i>Rafaela</i>	MERCEDES MUÑOZ SAMPEDRO.
<i>El señor Santos</i> ...	ANASTASIO ALEMÁN.
<i>Rosa</i>	LUISA SALA.
<i>El chófer</i>	ANTONIO BALLESTEROS.
<i>Valcárcel</i>	AGUSTÍN POVEDANO.
<i>La señorita Corina</i> ...	MARÍA RUS.
<i>Don Román</i>	CARLOS M. DE TEJADA.
<i>El visitante</i>	PEDRO SEMPSON.

Epoca actual.

Decorado de EMILIO BURGOS.

Dirección del autor.

ACTO PRIMERO

Desde el ático recién estrenado que ocupa el matrimonio de ADRIANA y RAMÓN, se ve la parte más moderna de la ciudad. Sólo tejados y azoteas, porque el edificio es muy alto, lo que permite que entre libremente el sol dé una mañana de primavera por la puerta de cristales que comunica la escena con la terraza. Buen gusto en los muebles y en los escasos adornos. Todo nuevo, con esa primera impresión inanimada que dan los hogares de los matrimonios jóvenes, o de los solteros viejos.

(ADRIANA y RAMÓN cruzan la escena, el segundo con el sombrero en la mano, camino de la calle. Antes de llegar a la puerta, se detiene.)

RAMÓN.—¿Conque has comprendido bien nuestra situación?

ADRIANA.—Perfectamentè.

RAMÓN.—¿Está claro para ti lo que tiene que ser nuestra vida?

ADRIANA.—Clarísimo.

RAMÓN.—Nada de fantasías.

ADRIANA.—Nada.

RAMÓN.—Nada de figurarte que tú puedes ser esto y lo otra.

ADRIANA.—Nada de eso.

RAMÓN. (*Cambiando de tono.*)—Nada de tomarme el pelo.

ADRIANA.—Tampoco. Lo que no me explico es que hayas de

jado el trabajo de la oficina, a media mañana, para venir a decirme todo esto, que me sé de memoria.

RAMÓN.—No he venido a decirte nada. No he dejado la oficina para hablar contigo. He venido a buscar unos papeles que me dejé olvidados y que el jefe necesita esta mañana.

ADRIANA.—Oye, ya que has venido, ¿por qué no te quedas en casa?

RAMÓN. (*Severo.*)—¿Adriana!

ADRIANA.—Hoy es sábado.

RAMÓN.—¿Y qué?

ADRIANA.—No te enfades, hombre. Es una idea que se me ha ocurrido. Ya que estabas en casa... y no tenías que trabajar por la tarde... ¿Podía creer muy bien el jefe que no encontrabas los papeles!

RAMÓN.—Y no los he encontrado.

ADRIANA.—¿Lo ves?

RAMÓN.—¿Qué es lo que veo?

ADRIANA.—Que puedes seguir buscándolos hasta la hora de comer.

RAMÓN.—¿Sabes tú la hora que es?

ADRIANA.—No.

RAMÓN.—Las doce.

ADRIANA.—Bueno, dos horas se pasan en seguida.

RAMÓN.—Adriana, veo que es inútil tratar de convencerte de que nuestra vida no puede ser un juego. Porque a los hombres como yo, que tienen que ganarse la vida con su trabajo, con el sudor de su frente, no les está permitido jugar a todas horas.

ADRIANA.—¿Quién lo prohíbe?

RAMÓN.—En el caso particular que te expongo, mi jefe.

ADRIANA.—¿Tu jefe! ¿Siempre has de sacar a tu jefe! Yo no tengo ningunas ganas de jugar, para que te enteres. Si te he pedido que te quedas en casa es precisamente por todo lo contrario: porque quiero hablar en serio contigo.

LA CAÑA DE PESCAR

RAMÓN.—¿Y no podías haber elegido otro momento?

ADRIANA.—No. Acabo de levantarme. Tengo las ideas frescas. En el momento de levantarse es uno más inteligente.

RAMÓN.—¿De qué se trata?

ADRIANA.—Ramón, puede que te extrañe lo que voy a decirte, pero me gustaría mucho hacer un viaje.

RAMÓN.—No me extraña nada que se te haya ocurrido. Lo verdaderamente extraordinario sería que yo siguiera escuchándote.

(Hace un movimiento hacia la puerta.)

ADRIANA.—¿A dónde vas?

RAMÓN.—A la oficina.

ADRIANA.—No te lo he dicho todo.

RAMÓN.—¿Hay algo más?

ADRIANA.—Sí. Acércate. Dame tu mano. *(Lo lleva frente a la terraza.)* ¿Qué ves?

RAMÓN.—¿Dónde?

ADRIANA.—Ahí, ante tus ojos.

RAMÓN.—Veo muchos tejados.

ADRIANA.—¿Nada más que tejados?

RAMÓN.—Y chimeneas. También veo chimeneas.

ADRIANA.—¡Tejados y chimeneas! ¡Así sois los hombres!

RAMÓN.—¿Qué dices?

ADRIANA.—Hace un momento, al levantarme, me asomé a la terraza. Había la misma luz que ahora. Estoy segura de que las cosas estaban en el mismo sitio que ahora están. Pues bien, yo no vi los tejados y las chimeneas que tú has visto.

RAMÓN.—¿Qué viste entonces?

ADRIANA.—El mar. No, no es una nueva fantasía. Sería, si tú quieres, una ilusión óptica. Mucha gente, como tú sabes, ha visto cosas maravillosas. Yo sólo he visto el mar. Pero te aseguro que era un mar auténtico.

RAMÓN.—No veo el parecido por ningún lado.

ADRIANA.—Entorna los ojos.

RAMÓN.—¡Adriana!

ADRIANA.—¿Qué?

RAMÓN.—¿No decías que no tenías ganas de jugar?

ADRIANA.—Y es cierto. Lo que tengo son ganas de viajar.

RAMÓN.—¿Y crees tú que esos tejados se prestan a un crucero?

ADRIANA.—No, hombre. Esos tejados no son más que un símbolo.

RAMÓN.—¿Un símbolo de qué?

ADRIANA.—Ramón, te encuentro un poco torpe esta mañana. Algo te ha pasado en la oficina.

RAMÓN.—No me ha pasado nada. Pero me va a pasar. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que te propones? Te has empeñado en que no vuelva esta mañana al trabajo.

ADRIANA.—Sería una gran ilusión para mí hacer un viaje juntos.

RAMÓN.—¿Pero por qué diablos te has despertado hoy con esa idea?

ADRIANA.—No lo sé. Anoche soñé con mi tío Federico. ¿Sabes quién es mi tío Federico?

RAMÓN.—Tú no tienes ningún tío que se llame Federico.

ADRIANA.—Bueno, tío de mi padre, si tú quieres.

RAMÓN.—¿Cómo si yo quiero?

ADRIANA.—Ese hermano de mi abuelo, que se fué a América de jovencito. Debe de estar viejísimo.

RAMÓN.—O se habrá muerto.

ADRIANA.—No. Le vi muy bien.

RAMÓN.—¿Le viste?

ADRIANA.—En sueños. Estaba viejo, pero muy sano. Le vi tomar un barco. Subió por la escala con una maleta en la mano, tan animoso. Eso fué todo.

RAMÓN. (*Conteniéndose.*)—¿Ese fué todo tu sueño?

ADRIANA.—Sí. Me desperté con la sirena del barco que salía y me entraron unas ganas enormes de viajar.

RAMÓN.—Porque viste en sueños a tu abuelo con una maleta en la mano.

ADRIANA.—Mi sueño quiere decir que soy yo la que debo hacer un viaje.

RAMÓN.—Esa es una interpretación arbitraria.

ADRIANA.—A primera vista, sí.

RAMÓN.—Adriana, te lo repito por última vez: he venido a buscar unos papeles importantes, que, por lo visto, se me han extraviado, y tengo que ir a decírselo al jefe.

ADRIANA.—Yo que tú los hubiera buscado más.

RAMÓN.—No hubiese podido.

ADRIANA.—¿Por qué?

RAMÓN.—Porque no has parado de hablar.

ADRIANA.—Si hubieras buscado mientras me escuchabas... ¡A ver si ahora resulta que tengo yo la culpa de que no hayan aparecido!

RAMÓN.—De que no hayan aparecido, no. Pero de que se hayan extraviado, no lo sé.

ADRIANA.—¿Qué papeles eran?

RAMÓN.—Unas hojas sueltas, de un block, llenas de números... ¡Dos horas de trabajo!

ADRIANA. (*Sacándose las de un bolsillo de la bata.*)—¿Son éstas?

RAMÓN. (*Arrebatándose las.*)—¡Adriana! ¿Pero es posible?

ADRIANA.—No te exaltes. Comprueba primero si son las mismas.

RAMÓN. (*Con una rápida ojeada.*)—¡Las mismas!

ADRIANA.—Pues ya ves qué sencillo era encontrarlas. No había más que pedírmelas.

RAMÓN.—¡Pero...!

ADRIANA.—¡Lo que pasa es que cómo iba yo a suponer que a unas hojas así se las llamara papeles importantes! Los hombres dais importancia a cualquier cosa.

RAMÓN. (*Conteniéndose.*)—Mira: prefiero no contestarte.

ADRIANA.—Todavía estoy esperando a que me digas qué te parece mi proyecto.

RAMÓN.—Lo que me parece tu proyecto, ya te lo puedes imaginar. ¡Pero lo que me parece tu conducta, eso, no lo puedes ni sospechar siquiera!

(RAMÓN sale, furioso. ADRIANA se dirige al teléfono, en el que marca un número.)

ADRIANA. (*Al teléfono.*)—La señorita Rosa, por favor... ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo estás?... Oye, Rosa; no tengo nada que decirte, ésa es la verdad. Pero Ramón acaba de salir de casa y no tengo con quién seguir hablando. Son los inconvenientes de los matrimonios sin hijos. Figúrate que esta mañana se me ha ocurrido la idea de hacer un viaje. A Ramón parece que no le ha hecho mucha gracia. Todo por culpa de unos papeles.

(*Entra RAFAELA, la cocinera, mujer madura.*)

RAFAELA.—¿Podría la señora venir un momento a ver esto de las patatas?

ADRIANA. (*Al teléfono.*)—Perdona un momento. Es Rafa. (*A la cocinera.*) ¿Qué decía usted?

RAFAELA.—Que si podía venir la señora a ver las patatas.

ADRIANA.—¿Tienen algo que ver?

RAFAELA.—Como me dijo la señora que las rellenara...

ADRIANA.—¿Lo ha hecho usted ya?

RAFAELA.—No, señora. Por eso quería que viniese la señora.

ADRIANA.—¿Para qué?

RAFAELA.—Para que me lo explique mejor. Yo no sé cómo pueden rellenarse unas patatas, que ya están rellenas de patata.

ADRIANA.—¡Ande, ande, vuélvase a la cocina! Ya iré yo en cuanto termine de hablar. (*Sale la cocinera. Al telé-*

fono.) ¿Estás ahí? Perdona, chica. Era Rafaela. A Ramón no le gusta que la llame Rafa porque dice que le recuerda a un amigo suyo muy poco serio. Como te iba diciendo, esta mañana se me ocurrió la idea de hacer un viaje. Pues bien: se lo conté a Ramón, ¡y no sabes cómo se puso! ¡Que si eran dos horas de trabajo perdidas, que qué iba a decir el jefe cuando supiera que se habían perdido los papeles! Menos mal que yo los tenía en el bolsillo y se los di en seguida. Para que se fuera de una vez a la oficina y me dejara en paz. Porque he pensado otra cosa: si Ramón no puede acompañarme ahora en este viaje, por lo que sea, quizás tú te animaras a venir conmigo. ¿Por qué no? Lo pasaríamos estupendamente. *(Una pausa.)* Ya, ya comprendo. Lo mejor sería que te vinieras por casa una mañana para hablar con calma. *(Ha sonado un timbre. RAFAELA cruza la escena. ADRIANA en el teléfono.)* Nada más pensarlo, me parece que ya estamos allá. Nos levantaríamos temprano. Cazaríamos por la mañana e iríamos al cine por la tarde. ¡No quiero decirte la de ropa que tendríamos que hacernos para un viaje tan largo! *(En la puerta de entrada vuelve a aparecer RAFAELA, conduciendo al SEÑOR SANTOS. Este es un viejecito pulcro, que lleva su sombrero en la mano, el abrigo al brazo, y en la otra mano un paquete algo mayor que una caja de zapatos. ADRIANA sigue al teléfono, mirando fijamente al recién llegado.)* Escucha, Rosa: no hace falta que nos hagamos nada. Ramón tenía toda la razón. Mi sueño estaba mal interpretado. No era yo quien debía hacer el viaje, sino mi tío Federico. ¡El propio, en persona, acaba de llegar a casa! *(Quelga el auricular y se dirige efusivamente al visitante.)* ¡Qué sorpresa! ¡Pasa, pasa!

(El señor SANTOS deja sombrero, abrigo y paquete en una silla. RAFAELA sale de nuevo.)

SANTOS.—¿Me esperaba usted, señora?

ADRIANA.—¡Ni por pienso! Pero soy Adriana. No me hables de usted. Te he reconocido en el acto.

SANTOS.—¿Es posible?

ADRIANA.—Anoche te he visto en sueños, como te estoy viendo ahora. Bueno, la cara no la veía tan bien, porque ya sabes lo que sucede cuando uno está dormido. ¡Como se tienen los ojos cerrados...! ¡Qué alegría verte entrar por esa puerta!

SANTOS.—Yo también estoy muy contento.

ADRIANA.—¿Por qué no has ayisado? ¿Querías sorprendernos?

SANTOS.—La verdad, no esperaba este recibimiento.

ADRIANA.—Pero, vamos, vamos a ver si yo no me he confundido: ¿no eres mi tío Federico?

SANTOS.—Yo no, señora.

ADRIANA.—¿No viene usted de América?

SANTOS.—Sí, señora. Esó sí.

ADRIANA.—¡Pues no lo comprendo!

SANTOS.—Por lo visto, no saben ustedes la desgracia. Su pobre tío murió hace un par de meses.

ADRIANA.—¿Eh?

SANTOS.—Estaba ya muy viejo. Pocas semanas antes de morir, me habló mucho de sus sobrinos. A lo que parece, son ustedes los únicos que quedan de la familia.

ADRIANA.—Ya.

SANTOS.—Pero lo que no consigo explicarme es por qué esperaba usted a su tío, precisamente el mismo día que venía yo a hablarle de él.

ADRIANA.—Se lo explicaré. El sueño fué muy rápido, ¿sabe? Vi a un ancianito que subía por la escala con una maleta en la mano, y que me decía: "Soy tu tío." Y yo se lo cré. O puede ser que con el barullo y la aglomeración de gente lo confundiera con usted, que me daba esa broma. Pero no; usted no podía ser. Yo soñé eso anoche, y

usted no podía venir tan rápido. (*Un silencio.*) ¿Lo ha comprendido?

SANTOS.—No, señora.

ADRIANA.—Sí, estas cosas del más allá son difíciles de comprender. Para mí, fué un aviso, ¿no cree? (*Nuevo silencio.*) ¡Bueno, hablemos de nuestro tío! ¿Qué noticias nos trae de él? Ya, ya he oído que se ha muerto. Decía usted que, al parecer, nosotros éramos sus únicos herederos.

SANTOS. (*Evasivo.*)—En cuanto a eso...

ADRIANA.—¡Ah, creí entenderle...!

SANTOS.—Ya usted estará enterada, supongo, de lo de esa mujer y de los hijos que tuvo con ella.

ADRIANA.—Perdóneme. No sabemos nada de la vida de mi tío. Ni siquiera le conocíamos. Recuerdo que cuando me casé le puse unas letras comunicándoselo, por ser el único pariente que me quedaba, y ofreciéndole nuestra casa... Bueno, este piso... Me contó muy satisfecho por lo de mi boda. No conocía a Ramón, naturalmente, pero le parecía muy bien. Esa ha sido toda nuestra correspondencia. Conque cuénteme, cuénteme de su vida. ¿Se casó?

SANTOS.—No, señora. Se murió con esa pena.

ADRIANA.—¿Con cuál?

SANTOS.—Con la de no haber encontrado una mujer digna que le hubiese acompañado en tantos trabajos.

ADRIANA.—¿Fueron muchos?

SANTOS.—¡Figúrese! Un hombre que llega a los veinte años a América y se muere a los noventa y siete, trabajando...

ADRIANA.—Setenta y siete.

SANTOS.—Noventa y siete.

ADRIANA.—Digo que son setenta y siete años de trabajo.

SANTOS.—Y, ¿para qué? Para que esa mujer y esos hijos, al morir, no le dedicaran ni siquiera una lágrima.

ADRIANA.—La verdad, es incomprensible.

SANTOS.—¿Qué se va a esperar de una gente así? Los hijos, iguales que la madre: unos salvajes.

ADRIANA.—¿Indios?

SANTOS.—No; mestizos. Su tío de usted era blanco.

ADRIANA.—¡Ah, claro!

SANTOS.—Pues el pobre no se consoló nunca de no tener una familia a quien querer. Por eso pensaba tanto en ustedes.

ADRIANA.—No sabíamos...

SANTOS.—Como si presintiera su muerte, me llamó 'un día a su casa y me dijo: "Cuando vayas a España, porque yo sé que lo que te gusta ahora es España, vete a ver a mi sobrina. Le dices que me acuerdo mucho de mi hermano; que aunque estuviera cincuenta años sin escribirle, le quise siempre mucho. Que no me olvidé nunca de la casa en que vivíamos cuando él y yo éramos pequeños. Que en aquella casa vivieron también nuestros padres y mucha gente a la que quisimos de verdad. Que ella, mi sobrina, es la única que queda de una familia tan larga. Pues vas y la buscás, y a esa nieta de mi hermano, que nunca he olvidado, le entregas de mi parte este paquete."

ADRIANA.—¿Cuál?

SANTOS. (*Señalando la silla.*)—Aquél.

ADRIANA. (*Ilusionada.*)—¿Quiere usted decir que me trae un paquete?

SANTOS.—Sí, señora.

ADRIANA.—Pero, ¡eso se dice antes! Un paquete que viene de América no es una cosa corriente, y menos si quien se lo envía a uno es un ser fallecido. ¿No se da usted cuenta? Un paquete es siempre algo misterioso, apasionante; algo, por lo menos, que no sabemos lo que es hasta que lo desenvolvemos. ¡No, no lo toque usted! Déjelo ahí un momento más. Veo que no sabe recibir paquetes. No háy mayor placer que contemplarlos un rato, sin

quitarles el papel. ¿Qué contendrá? En esa pregunta se encierra todo el éxito de los regalos. (*Llamando hacia adentro.*) ¡Rafa! ¡Rafa! (*A SANTOS.*) Aguarde usted un instante. Hay que darle al acto toda su importancia. (*RAFAELA aparece en la puerta.*) Rafa, llame usted al señor, a la oficina. Ya sabe el número.

RAFAELA.—¿Que llame yo al señor?

ADRIANA.—Eso es.

RAFAELA.—¿Para hablar con la señora?

ADRIANA.—No. Para hablar con usted. Para hablar conmigo no necesitaba que usted lo llamara.

RAFAELA. (*Marcando un número en el teléfono.*)—Y, ¿qué le digo?

ADRIANA.—Que venga a casa en seguida. Si se lo dijera yo, no me haría ningún caso. Por eso es mejor que se lo diga usted.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—Póngame con el despacho del señor Morales.

ADRIANA. Por favor. Se dice por favor. En esas oficinas están siempre muy ocupados.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—¿Es el señor? Soy Rafa. Perdóne el señor: Rafaela. Que venga a casa en seguida. ¡No, no, señor, no pasa nada!

ADRIANA.—Sí pasa. Que ha llegado un señor de América.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—Que ha llegado un señor de América.

ADRIANA.—El mismo que vi en mi sueño.

RAFAELA. (*Sin comprender.*)—¿Eh?

ADRIANA.—El mismo señor que vi anoche en mi sueño.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—El señor que vió anoche la señora en su sueño.

ADRIANA.—El mismo, no; pero muy parecido.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—Muy parecido.

ADRIANA.—Y un paquete.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—Y un paquete.

ADRIANA.—Que si quiere enterarse mejor, que venga.

RAFAELA. (*Al teléfono.*)—Que si el señor quiere enterarse mejor, que venga.

(*RAFAELA cuelga bruscamente el auricular.*)

ADRIANA.—¿Que le ha contestado?

RAFAELA. (*Sollozando.*)—¡Lo que menos podía yo esperarme! ¡A mis años! ¡Tan educado como parecía el señor!

(*Salta RAFAELA.*)

ADRIANA.—Bueno, ya le hemos avisado. Ahora abramos el paquete.

SANTOS.—Podríamos quizá esperar un poco.

ADRIANA.—No hace falta. Es mi marido y no está tan lejos. Bastante de prisa que sabe venir cuando se le olvida un papel. A ver... (*Coge el paquete y lo mira.*) No serán unos zapatos, ¿verdad? ¿Sabe usted lo que viene dentro?

SANTOS.—No, señora. Su tío me entregó el paquete, sin más.

ADRIANA.—Mejor. Así tendrá usted también curiosidad por ver lo que contiene. No, no creo que sean unos zapatos. —Me sorprendería muchísimo.

SANTOS.—¿Por qué?

ADRIANA.—Porque no sabía mi número. Pero, ¿qué otra cosa puede ser, con esta forma?

SANTOS.—En América son también muy aficionados a los acordeones. Ya sabe usted: en aquellas praderas inmensas, cuando sale la luna...

ADRIANA.—¿Era romántico mi tío?

SANTOS.—No lo sé. Nos veíamos poco últimamente.

ADRIANA. (*Disponiéndose a abrir el paquete.*)—¡Nada, salgamos de dudas! (*Quita el primer papel y se detiene.*) ¡Un momento!... No pesa mucho.

SANTOS.—También lo había notado.

ADRIANA. (*De pronto, ilusionada.*)—¡Ay, ay, ay, lo que se me está ocurriendo! Ustedes usarán seguramente en América, como en todas partes, el papel-moneda. Quiero decir, nada de oro ni de plata, con lo que pesa. La moneda corriente será el billete de Banco.

SANTOS.—Sí, señora.

ADRIANA.—¡Habrá billetes grandes, claro!... ¿Cuántos calcula usted que podrían caber en esta caja?

SANTOS.—¿Qué sé yo! ¡Una fortuna!

ADRIANA.—¿Verdad que sí? Eso mismo creo yo: ¡una fortuna! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Es lo más natural que mi tío se haya acordado de mí a última hora, siendo su única sobrina. ¡La cosa está clarísima! Fue un día a la ciudad, retiró un buen montón de dinero del Banco, no porque allí no estuviese seguro, sino para que no fuese a parar todo a manos de los indios, y se dijo: "Las tierras para los indios, que para eso nacieron en ellas y están aquí como en su casa; pero a mi sobrina no puedo dejarla desamparada..."

(Mientras termina de decir este párrafo, acaba de desenvolver el paquete y abre la caja. Saca de ella una caña de pescar; es decir, un trozo de caña de pescar en el que están embutidos los otros trozos, con sus juegos de enchufes, como un telescopio. Como es un objeto que ADRIANA ve por primera vez, le da vueltas entre las manos sin comprender su utilidad. RAMÓN llega de la calle.)

RAMÓN.—Bueno; aquí estoy. ¿Para qué me llamabas?

ADRIANA. (*Sin dejar de manipular con el trozo de caña.*)—
¡Hola!

RAMÓN.—¿Qué es eso? ¿Qué tienes en la mano?

ADRIANA.—No lo sé. Venía dentro de la caja.

RAMÓN.—¿De qué caja?

ADRIANA.—¡Ah, es verdad! Voy a presentarte. Mi marido.
El señor...

SANTOS.—Santos.

RAMÓN.—Tanto gusto. (*A ADRIANA.*) ¿Y tu tío?

ADRIANA.—Bien, gracias. Es decir, se murió el pobre. No sabes el disgusto que he tenido.

RAMÓN.—Entonces, ¿para qué me has mandado a decir con Rafaela que había llegado?

ADRIANA.—Yo me refería al señor que había visto en mi sueño.

RAMÓN.—Eso es.

ADRIANA.—Pero ahora resulta que con quien había yo soñado era con este señor.

RAMÓN. (*A SANTOS.*)—¿Con usted?

SANTOS.—No sé qué decirle. Es la segunda vez que oigo hablar de ese sueño; pero no comprendo a qué se refiere.

RAMÓN. (*A ADRIANA, cogiendo el trozo de caña.*)—Déjame ver...

ADRIANA.—¿Sabes tú lo que es eso?

RAMÓN. (*Desenchufando la caña.*)—Una caña de pescar.

ADRIANA.—¿Es posible?

RAMÓN.—Sí, mírala. No le falta nada.

ADRIANA.—¿Es curioso!

RAMÓN.—¿Qué es lo que encuentras curioso?

ADRIANA.—Que mi tío me mandara de regalo una cosa así, tan inesperada. Se pone una a pensar en todo lo que se puede regalar y, la verdad, lo último que se me hubiera ocurrido era una caña.

RAMÓN.—¡Ah! ¿Conque es un regalo de tu tío?

SANTOS.—Tal como me lo entregó.

RAMÓN.—Ya, ya voy entendiendo. Usted es entonces el viajero, con una maleta en la mano, que subía al barco.

SANTOS.—¿Cómo?

RAMÓN.—Así le vió mi mujer.

ADRIANA.—No llevaba sino la maleta. Lo de la caña ha sido realmente una sorpresa. (*De pronto.*) ¡Aunque, no!

RAMÓN.—¿Qué?

ADRIANA.—Que no ha sido una sorpresa. Ahora me acuerdo muy bien. Durante mi sueño alguien me habló de ir a pescar.

RAMÓN.—¿A dónde?

ADRIANA.—¡Espera! Voy recordando, poco a poco. Alguien me habló de ir a pescar... Sí, aquí mismo, en esta habitación. Ahí, donde está el señor Santos.

SANTOS. (*Que sigue sin comprender.*)—¿Eh?

RAMÓN.—No le haga caso. Siempre ha tenido mucha fantasía.

ADRIANA.—¡Nada de fantasía!

RAMÓN.—Pero, ¿cómo sé le iba a ocurrir a nadie pescar en esta habitación?

ADRIANA.—No he dicho nada de pescar aquí, sino que ahí, en el sitio donde está el señor Santos, me hablaba alguien, en mi sueño, de ir de pesca.

RAMÓN. (*Encogiéndose de hombros.*)—¡Bueno! (*A SANTOS.*) ¿Qué? ¿Se queda usted a comer con nosotros?

SANTOS.—No, muchas gracias.

RAMÓN.—¿Por qué no?

SANTOS.—Ya les he molestado bastante.

RAMÓN.—Nada de eso. Al contrario: es usted el que se ha molestado en traernos este precioso recuerdo.

(*Coloca la caña en un rincón de la habitación.*)

SANTOS.—Me alegra que les haya gustado.

ADRIANA. (*Sin convicción.*)—Sí, es linda.

SANTOS.—Pues me voy ya. Ha sido para mí un verdadero placer el conocerles. Estaré en España una temporada de dos o tres meses. Si puedo serles útil en algo... Lo que siento es no poder ofrecerme para llevarle cualquier otro recuercito al tío a mi regreso. ¡Como el pobre se murió!

RAMÓN.—Nos hacemos cargo. De todos modos, esperamos verle de nuevo.

SANTOS.—No lo creo. ¡Como no sea en otro sueño!...

RAMÓN.—A quien esperamos ver de nuevo es a usted.

SANTOS.—¡Claro, claro! Vendré a despedirme. Con mucho gusto. Buenos días.

ADRIANA.—Buenos días. Y gracias por todo.

SANTOS.—De nada. Las gracias a su tío. ¡Aunque la verdad es que el pobre... no está ya para gracias!

(Sale el señor SANTOS acompañado de RAMÓN, que vuelve al momento.)

RAMÓN. *(Entrando.)*—¡Estupendo!

ADRIANA.—¿Qué es lo que te parece estupendo?

RAMÓN.—Todo. Tu sueño se ha realizado; pero de una manera mucho más modesta.

ADRIANA.—¿Crees tú?

RAMÓN.—Ya no hace falta que sigas mirando esos tejados, ni que me hables del Océano. Esas chimeneas no son de barco, sino de unas vulgarísimas cocinas. Todo ha vuelto a ser lo que era, todo ha vuelto a su sitio.

ADRIANA.—Lo que no comprendo es por qué te entusiasma tanto tu descubrimiento. Si las cosas no son más que lo que son, la verdad es que no merecen la pena.

RAMÓN.—Pues ya ves lo que sucede cuando se deja a la imaginación en libertad.

ADRIANA.—¿Qué es lo que sucede?

RAMÓN.—Que nos exponemos a sufrir grandes desengaños.

ADRIANA.—Mira, hablemos como dos personas razonables.

RAMÓN.—Imposible.

ADRIANA.—¿Por qué?

RAMÓN.—Porque aquí no hay más que una sola persona razonable, que soy yo.

ADRIANA.—Pues habla tú solo; pero explícame por qué te has puesto tan nervioso.

RAMÓN.—¿Crees que no tengo motivos para estarlo?

ADRIANA.—Eso es lo que estoy esperando que me expliques.

RAMÓN.—Pues oye: me parece extraordinario el que haya coincidido tu sueño con la llegada de ese señor. Estoy dispuesto a admitir incluso que, para un ser imaginativo como tú, la coincidencia se presta a toda clase de interpretaciones. Pero, ¡hasta ya! ¡Basta de disparates!

ADRIANA.—No me acuerdo de ningún disparate, por más que pienso. Tú mismo has reconocido que hay una cierta relación extraña entre lo que yo soñé anoche y la visita de ese señor.

RAMÓN.—Ninguna relación. Puro azar.

ADRIANA.—No lo veo yo así. Lo que ocurre es que las cosas suceden de una manera misteriosa, de un modo tan enrevesado, que no las entendemos por ahora.

RAMÓN.—¿Por ahora? Pero, ¿es que va a pasar algo más?

ADRIANA.—Falta todavía lo mejor.

RAMÓN.—¡Me irritas, Adriana! Luego te extraña que me ponga nervioso. ¡Tu sueño, ha terminado! Ya te lo he dicho; no puede estar más claro.

ADRIANA.—No, Ramón: acaba de empezar. Cuando el señor Santos apareció en esa puerta, fué como si mi vida, de pronto, sufriera un cambio brusco. Fué como si me transformara en una mujer más lista. Porque comprenderás que no me he creído esa tontería de la caña. Una caña no se le regala a nadie. ¡Bueno, quiero decir que no es un regalo corriente en las familias! Lo que me hace sospechar que en todo esto hay un misterio.

RAMÓN.—¡Y pensar que un hombre tan vulgar, tan insignificante como ese señor Santos, ha podido llenarte la cabeza de todas esas extravagancias!...

(Suena el timbre. RAFAELA crusa la escena.)

ADRIANA.—¿Encuentras tú vulgar al señor Santos?

RAMÓN.—Mucho. Tú, no, ¿verdad?

ADRIANA.—No sé qué decirte. Reconozco que se trata de un

hombre sencillo; pero su misma sencillez tiene para mí no sé qué atractivo.

RAMÓN.—¡ No sabes cuál, claro!...

ADRIANA.—No me extrañaría nada que el señor Santos fuera un príncipe encantado.

RAMÓN.—¿ Qué dices?

ADRIANA.—Y que en todo esto anduviese en juego una varita mágica.

RAMÓN.—O una caña.

ADRIANA. (*Como si de pronto descubriera algo.*)—Tú lo has dicho.

RAMÓN.—¿ Eh?

ADRIANA.—En la caña está la clave.

RAMÓN.—¿ La clave de qué?

ADRIANA.—De nuestra felicidad. No sé cómo no lo había comprendido.

(*En la puerta aparece de nuevo el señor SANTOS.*)

SANTOS.—Ustedes perdonen.

RAMÓN.—¡ Hombre, otra vez por aquí!

ADRIANA. (*Solicita.*)—¿ Qué le ocurre?

SANTOS.—El taxi.

ADRIANA.—En seguida. No me extraña que no enocontrara ninguno. Rafa bajará a buscarlo, a ver si tiene más suerte.

SANTOS. (*Deteniéndola.*)—No; no es eso. Es que había dejado un taxi a la puerta.

ADRIANA.—¿ Cuándo?

SANTOS.—Antes.

ADRIANA.—Le habrá costado un dineral. ¡ Tanto tiempo esperando!

SANTOS.—No sé si esperó mucho, porque se ha marchado.

ADRIANA.—¿ Cómo?

SANTOS.—Se marchó sin mí. Cuando bajé ya no estaba. Lo he buscado por toda la calle y no aparece.

RAMÓN.—Tanto mejor. Eso significa que otro lo ha pagado.

SANTOS.—¡Pero yo me he quedado sin los paquetes!

RAMÓN.—¿Cuáles?

SANTOS.—Los otros que tenía en el taxi.

RAMÓN.—¡Ah, ya comprendo! Más cañas.

SANTOS.—No lo sé. Me hicieron muchos encargos en América. Ahora no podré cumplirlos.

RAMÓN. (A ADRIANA.)—Pues, en medio de todo, has tenido suerte. A poco te quedas sin pescar. ¿Te das cuenta?

ADRIANA.—Sí; pero no sé qué decirte. Me parece que esto del taxi estaba también en mi sueño.

T E L O N

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. A las cuatro de la tarde del mismo día.

(ROSA, señora joven, bien vestida, llega de visita.
La sigue RAFAELA que ha ido a abrir la puerta.)

RAFAELA.—¿Llamó muchas veces al timbre, señorita Rosa?

ROSA.—No.

RAFAELA.—Yo sólo lo oí tres veces. La última más largo; pero es que estaba sirviendo a la mesa.

ROSA.—Pero, ¿están todavía en la mesa, a estas horas? Son cerca de las cuatro.

RAFAELA.—Tenemos invitado.

ROSA.—Ya: banquete.

RAFAELA.—No, señorita: la mismita comida de todos los días. Pero es que el invitado no llegó hasta hace un momento. El pobre ha andado de cabeza toda la mañana. Lo mismo que el señor.

ROSA.—¿Qué señor?

RAFAELA.—El nuestro. Ya me entiende la señorita.

ROSA.—Ni una palabra.

RAFAELA. (Señalando hacia adentro.)—Pues ahí tiene a la señora para que se lo explique mejor. Yo me voy al café.

ADRIANA. (*Entrando.*)—¿Que se va usted al café, Rafaela?
 RAFAELA.—Sí, señora: a prepararlo.

(*Sale RAFAELA.*)

ADRIANA.—¡Hola, Rosa! No sabía que eras tú. Oí el timbre que sonaba y sonaba y me dió mucha curiosidad de saber quién había llegado. Han pasado tantas cosas en casa desde esta mañana, que no me extrañaría nada que volviera a sonar el timbre y tuviéramos una visita muy importante.

ROSA.—Cuéntamelo con orden, desde el principio. ¿Qué es lo que ha pasado en esta casa?

ADRIANA.—Mira, no sé cómo empezar.

ROSA.—Como te digo: por el principio.

ADRIANA.—No te impacientes, mujer. Ya te lo dije por teléfono. Se trata de un viaje.

ROSA.—¡Ah!

ADRIANA.—Un viaje maravilloso. Figúrate que nos han invitado a ir a América.

ROSA.—Tú me dijiste por teléfono algo de viajar, de ir juntas no se adónde... Pero no me figuré que fuera una invitación.

ADRIANA.—En realidad, a ti no te han invitado.

ROSA.—Ya me figuré yo que era una broma.

ADRIANA.—Si hubiera dispuesto de dinero te habría llevado conmigo con mucho gusto. Es más, hubo un momento en que me pareció que tenía en mi mano una fortuna, y en quien primero pensé fué en ti. Pero luego resultó que no era más que una caña.

ROSA.—¿Qué dices?

ADRIANA.—Ahí la tienes, en ese rincón. Voy a enseñártela. (*Se levanta y la coge.*) Se enchufa, ¿sabes? De esta manera. (*Al intentar enchufar unos trozos en otros, se desprende uno de ellos.*) ¡Ah, se ha roto! ¡Qué pena!

ROSA.—Trae acá. Yo la arreglaré. Se ve que no tienes costumbre de tratar con estos objetos delicados. (*Examina el trozo desprendido.*) Aquí dentro hay un papel.

ADRIANA.—¿Eh?

ROSA. (*Sacando una carta del interior del trozo.*)—Parece una carta.

ADRIANA.—¡A ver! ¡Dame!

(*Coge la carta y empieza a leerla en silencio.*)

ROSA.—Es una carta, ¿verdad?

ADRIANA.—Sí.

ROSA.—¿Qué dice?

ADRIANA. (*Sin dejar de leer.*)—No es para ti.

ROSA.—¿Y para ti?...

ADRIANA.—Tampoco.

ROSA.—Pues tú la estás leyendo.

ADRIANA.—Alguien tiene que enterarse. Es un documento interesantísimo. No se entiende una palabra.

ROSA.—Déjame leerlo.

ADRIANA.—Espera, no seas curiosa. Te confieso que estoy muy intrigada. ¿Quién puede haber escrito esto?

ROSA.—¿Letra de hombre o de mujer?

ADRIANA.—De máquina, como todas las cartas importantes. Escucha. (*Leyendo, tal como está escrito.*) "Dear sir, I have the pleasure..." (*Interrumpiendo la lectura.*) Sueña a idioma extranjero, ¿no crees?

ROSA.—No sé qué decirte. Con tu pronunciación endiablada no sueña a nada, la verdad. Pero puede que sea inglés.

ADRIANA.—¡Inglés! ¡Eso! ¡Inglés! No cabe duda. (*Como imitando la voz y la manera de hablar de un hombre.*) "¡Adriano, muchacha: no me has entendido lo que te he dicho porque te hablaba en inglés! Perdona. Creí que estaba en Norteamérica."

ROSA.—Pero, ¿qué hablas?

ADRIANA.—Imito la voz de mi tío. Me parece estarle oyendo. Han pasado lo menos doce horas desde que soñé con él y todavía no me he olvidado de su manera de hablar. ¿Verdad que es extraordinario?

ROSA.—¿El qué?

ADRIANA.—Todo lo que ocurre.

ROSA.—Hasta ahora lo único que sé es que te han regalado una caña.

ADRIANA.—¿Con una carta secreta en su interior!

ROSA.—¿Por qué crees que es secreta?

ADRIANA.—No te quepa la menor duda. Sólo cuando se quiere decir algo para que nadie se entere, se escribe en inglés. Esta carta tiene un gran valor, y lo primero que voy a hacer es guardármela.

(Se guarda la carta.)

ROSA.—La verdad es que eres listísima. Yo todavía no he comprendido nada.

ADRIANA.—No, tú no puedes entenderlo. No sabes lo que pasa. Mira: resulta que yo tenía un pariente millonario, que se ha muerto en América.

ROSA.—¿Es él el que te ha mandado a buscar?

ADRIANA.—¿Cómo se te puede ocurrir que sea él, si te digo que se ha muerto?

ROSA.—Entonces, ¿quién os ha invitado a ir a América?

ADRIANA.—Todavía no lo sé. Pero atiende: echa una mirada a tu alrededor; fíjate en los muebles, en las cortinas, en las alfombras. No puede ser más corriente todo esto, aunque se trate de mi propia casa. Pues bien, estás a punto de presenciar un milagro.

ROSA.—Adriana, me asombras.

ADRIANA.—Pues no tienes por qué asombrarte. Escucha: todo es posible en este mundo...

ROSA.—Bueno, en cierto sentido.

ADRIANA.—En cualquier sentido. Lo más inverosímil, lo que tú apenas podrías imaginarte, puede convertirse cualquier día en una realidad estupenda.

ROSA.—Sí, a veces han sucedido cosas prodigiosas; pero yo no he visto ninguna.

ADRIANA.—Yo, sí.

ROSA.—¡ Bueno, lo que quieras!

ADRIANA.—Ahí sale Ramón con ese señor que hemos conocido esta mañana. Ha almorzado con nosotros. Fíjate bien en él. Es un ser extraordinario.

(*Aparecen RAMÓN y el señor SANTOS.*)

SANTOS. (*Con sencillez.*)—No sé, la verdad, cómo agradecerles tantas atenciones: acompañarme a la comisaría, presentar la denuncia, invitarme a un almuerzo tan agradable...

RAMÓN. (*Jovial.*)—¿ Qué menos puede hacerse por un hombre que viene de tan lejos?... ¡ Hola, Rosa! ¿ Cómo estás?

ROSA.—Bien, ¿ y tú?

RAMÓN.—Voy a presentarte: nuestro viejo amigo el señor Santos. Bueno, le llamo viejo porque, aunque sólo nos conocemos desde hace unas horas, hemos ya hablado tanto, que puede decirse que nos lo hemos dicho todo.

ADRIANA. (*A ROSA, por SANTOS.*)—¡ Anda, pregúntale, pregúntale cualquier cosa!

ROSA. (*Sorprendida.*)—¿ Qué quieres que le pregunte?

SANTOS. (*A RAMÓN.*)—Su señora es muy curiosa.

RAMÓN.—Curiosísima.

SANTOS.—Todo le interesa. ¡ Lástima que se muriera su tío!

RAMÓN.—Ha sido un gran dolor.

SANTOS.—Se lo oí decir con frecuencia: “ ¡ Cómo me gustaría invitar a mi sobrina a un viajecito!”

ADRIANA. (*A ROSA.*)—¿ Lo ves?

SANTOS.—Pero aquella mujer, aquellos hijos...

ADRIANA. (*A ROSA, como información.*)—Los indios.

SANTOS.—En fin, no les molesto más. Muchas gracias, muy reconocido. Si saben algo del dichoso taxi, les agradeceré que me lo comuniquen.

RAMÓN.—Descuide.

SANTOS.—Ya volveré por aquí. (*Despidiéndose de ADRIANA.*) Señora...

ADRIANA. (*Estrechándole las dos manos, con efusión.*)—¡Mi querido amigo: he tenido mucho gusto en conocerle!

SANTOS.—¡Muy amable!

ADRIANA.—Vuelva pronto por aquí.

SANTOS.—Tendré ese placer. (*Despidiéndose de ROSA con una inclinación de cabeza.*) Señora...

RAMÓN.—Le acompaño.

(*Mutis de RAMÓN y el Señor SANTOS.*)

ADRIANA.—¿Qué? ¿Qué te ha parecido?

ROSA.—¿El qué?

ADRIANA.—El señor Santos.

ROSA.—¡Ah! Muy simpático.

ADRIANA.—¿Nada más que simpático?

ROSA.—Y un poco viejo.

ADRIANA.—¿Viejo? ¿Eres tú también de esas personas ridículas que creen en la edad de la gente?

ROSA.—¿Cómo que si creo?...

ADRIANA.—Hay seres que no tienen edad. Hay cosas que no envejecen. A nadie se le ocurre delante de una catedral decir que está vieja. Ni delante de un cuadro. Pues lo mismo sucede con las personas. Conozco yo mucha gente por la que no pasan los años.

ROSA.—No es el caso de este señor.

ADRIANA.—¿Por qué no? ¿Porque lo has mirado de prisa, porque no tienes de él sino una visión de conjunto? Unas canas, unas arrugas... No. Hay que fijarse mejor en las personas. Casi todo el mundo es más joven de lo

que parece. No hay más que oír lo que dicen, lo que sienten; adivinar lo que están pensando.

ROSA.—¿Y todo eso querías tú que yo lo hiciera en el momento de saludarle?

ADRIANA.—Lo que quiero es que comprendas lo que ese hombre significa en mi vida.

ROSA.—¡Ah!

ADRIANA.—No, no voy a contarte una extraña aventura. No estoy en vena para hablar de amor esta tarde. Me he despertado hoy muy interesada. No sé cómo explicártelo. Tú sabes cómo he sido yo siempre: una mujer de su casa, contenta con su suerte, sin quejarse nunca de nada... No es que me queje ahora, naturalmente. Ramón sigue siendo un buen marido, trabaja como un bárbaro, me dice que no piensa sino en mí... Ya, ya sé que eso lo dicen todos los maridos; pero a una siempre le hace efecto que se lo diga el suyo. Me creo, en resumen, una mujer feliz. Pues bien: esta mañana me he despertado convencida de que puedo ser más feliz aún.

ROSA.—Me parece un buen despertar.

ADRIANA.—No lo creas. Algo falta en esta casa para que nuestra felicidad sea completa. Algo nos falta, no te queda duda.

ROSA.—Ya sé lo que es: un hijo.

ADRIANA.—No. Eso vendrá también, pero más adelante. Lo que nos falta ahora es otra cosa.

ROSA.—¿Sabes cuál es?

ADRIANA.—¡Claro, mujer! ¡Si no pienso más que en ella desde que me he despertado!

ROSA.—¿Qué es lo que os falta?

ADRIANA.—Dinero.

ROSA. (Riendo).—¡Bueno, yo creí que ibas a hablarme de algo más poético! Eso nos falta a todos.

ADRIANA.—A todos, no. Hay mucha gente que lo tiene.

ROSA.—¿Crees tú?

ADRIANA.—Sí. Hay mucha gente que tiene dinero. Pero yo no lo tengo. ¿Te das cuenta de la diferencia? Está clarísima. Yo no tengo dinero, ni Ramón tampoco. Su sueldo, y gracias.

ROSA.—Pues no te quejes.

ADRIANA.—Vivimos incluso bien, en lo que cabe. Pero de hoy en adelante vamos a vivir mucho mejor.

ROSA.—¡Ehonorabuena!

(Entra RAMÓN,)

RAMÓN.—Lo dicho: "tu tío" es un hombre la mar de simpático. Le he acompañado un poco por la calle, hasta dejarlo encaminado. Es lo menos que se puede hacer por un falso pariente.

ADRIANA.—Me gusta que lo llames así: falso pariente. No es mi tío, pero se le parece mucho: tan viejecito, tan limpia... Estoy segura de que eran como dos gotas de agua.

RAMÓN.—La del señor Santos, al parecer, un poco más limpia, sin contaminaciones.

ADRIANA.—¿Por qué? ¿Por lo que nos contó de esa mujer y del tío Federico y de los hijos que tuvo con ella? ¡Pobre viejo! Piensa que vivía en lo alto de una montañita, solo, rodeado de vacas. Llegó la india... y ya se sabe. Esas cosas ocurren con frecuencia, sin necesidad de vivir entre vacas.

RAMÓN.—¡Claro, pintado así...!

ADRIANA.—¿Cómo quieres que lo pinte? Los Andes nevados —¿hay nieve en los Andes?—; los ojos, cansados de mirar tanta tierra; el frío de las noches de invierno, el calor de los días de verano... ¡A ti te quisiera yo ver en aquellas alturas!

RAMÓN.—Estoy mejor en casa. ¿Qué carta es esa que tienes en la mano?

ADRIANA. (*Entregándosela.*)—Léela. Está en inglés.

RAMÓN. (*Leyéndola con acento correcto.*)—"Dear sir, I have the pleasure to inform you..." (*Sigue con un murmullo, y termina de leerla.*) Muy bien.

ADRIANA. (*A ROSA.*) ¿Qué te decía? (*A RAMÓN.*) Carta interesante, ¿no es verdad?

RAMÓN.—En cierto modo, sí.

ADRIANA. (*A ROSA.*)—Ya lo oyes. (*A RAMÓN.*) ¿De qué se trata, si puede saberse?

RAMÓN.—De una garantía. Parece ser que podrás pescar durante mucho tiempo sin ningún tropiezo. Los fabricantes garantizan el buen funcionamiento de la caña.

ADRIANA.—¿Y qué más?

RAMÓN.—Nada más. ¿Te parece poco? Si en el plazo de cinco años sufre una avería, puedes enviarla a América para que te la compongan. No se les puede exigir otra cosa.

ROSA. (*Riendo.*)—Bueno, Adriana, te dejo. Ya sé todo lo que tenía que saber. Que pesques mucho.

(*Le da un beso.*)

ADRIANA. (*Pensativa.*)—Gracias.

RAMÓN.—Oye, ¿a qué se debe el verte por aquí a estas horas?

ROSA.—Pregúntaselo a tu mujer. Ya la conoces. Adriana tiene explicaciones para todo.

RAMÓN.—¿Qué pasa?

ADRIANA.—Nada. Hablamos por teléfono esta mañana, y Rosa se quedó muerta de curiosidad por unas tonterías que le dije.

ROSA. (*A RAMÓN.*)—¡Figúrate! ¡Hasta me invitó a dar la vuelta al mundo!

RAMÓN. (*Galante.*)—Conmigo, supongo.

ROSA.—No, de tí no me dijo nada. Es decir, vale más que

no sepas lo que me dijo. Pensaba dejarte en casa, en la oficina...

RAMÓN.—¡Qué infamia!

(Salen ROSA y RAMÓN. ADRIANA queda sola en escena, siempre pensativa. Luego mira al balcón abierto y cambia de expresión. Lo cierra bruscamente para no ver los tejados. Después se vuelve hacia la puerta por la que salieron ROSA y RAMÓN, conteniendo su furia. RAMÓN vuelve a entrar.)

ADRIANA.—No te lo perdono.

RAMÓN.—¿Qué dices?

ADRIANA.—No te perdono que teniendo en tus manos una carta en inglés —que no entendemos ni Rosa ni yo—, no se te haya ocurrido leer otra cosa que esa estupidez de la garantía.

RAMÓN.—¿Pues qué iba a hacer?

ADRIANA.—Tú sabes muy bien que la carta no dice eso.

RAMÓN.—¿Que no es una carta de garantía? Aquí la tienes. Léela.

ADRIANA.—Ya te he dicho que no sé inglés.

RAMÓN.—Entonces, ¿cómo sabes lo que dice?

ADRIANA.—No lo sé. No te he dicho que lo sepa. Por eso te la di para que la tradujeras.

RAMÓN.—Y yo he traducido lo que está escrito.

ADRIANA.—Me cuesta trabajo creer que se pueda escribir una carta tan tonta.

RAMÓN.—¿Qué esperabas tú?

ADRIANA.—Noticias. Yo espero siempre noticias.

RAMÓN.—¿De quién?

ADRIANA.—Del mundo entero, de cualquiera de esos millones de seres que pueblan la tierra, si alguno fuera capaz de acordarse de mí. Somos muchos los que esperamos recibir un día una sorpresa que nos cambie la vida. No me refiero a esos seres poéticos que se pasan las horas pensando en

fantasías. A ésos les basta con una buena película. A mí, no. Yo necesito algo más concreto, algo que pueda significar un cambio de verdad.

RAMÓN.—¿No eres feliz conmigo?

ADRIANA.—Muy feliz. No te cambiaría por nada. Eso que le dije a Rosa de dar juntas la vuelta al mundo, se lo dije porque tenía muchas ganas de hablar esta mañana. Pero yo no iría sin ti ni a la esquina.

RAMÓN.—Entonces...

ADRIANA.—Pero me da mucha pena que pasen los años, que se nos termine la juventud, y sigas tú trabajando todos los días en la oficina, en ese trabajo monótono, aburrido... Es posible que no hayas nacido para más, pero tú no puedes estar contento de lo que haces.

RAMÓN.—Estoy satisfecho.

ADRIANA.—Escúchame, Ramón. Tengo que decirte algo muy importante.

RAMÓN.—A ver...

ADRIANA.—Tú has nacido para más.

RAMÓN.—¿Pero no acabas de decir que es posible...?

ADRIANA.—Posible es todo. Todo puede ocurrir. Por eso entra también dentro de lo posible el que tú hayas nacido para algo más.

RAMÓN.—¿Qué debo hacer entonces?

ADRIANA.—Tener confianza en mí. Creer en lo que digo. Querermé de verdad.

RAMÓN.—Yo te quiero de verdad.

ADRIANA.—Cuando saliste antes con Rosa, burlándoos de mí, se me ocurrió pensar que podrías engañarme con ella.

RAMÓN.—¿Qué barbaridad!

ADRIANA.—No veo por qué. Rosa es bonita, es amiga mía.

RAMÓN.—Por eso.

ADRIANA.—Por eso. Y lo que más rabia me daba, al veros salir juntos, era comprobar que hacíais buena pareja.

RAMÓN.—Bien, dejemos eso.

ADRIANA.—Sí, dejémoslo. No estamos en el camino de la felicidad, sino en el del infierno. Si te gusta Rosa más que yo, ahí la tienes. Te la regalo.

RAMÓN.—No creas que esas cosas se regalan.

ADRIANA.—Lo que no tienen es carta de garantía. Quédate conmigo. Te irá mejor.

RAMÓN.—A propósito de quedarme... Hoy es sábado. No he ido al café.

ADRIANA.—Te esperan tus amigos, quieres decir.

RAMÓN.—Como todos los sábados.

ADRIANA.—Desde que cambie nuestra vida pienso suprimir los sábados.

RAMÓN.—¡Mujer...!

ADRIANA.—Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y domingo. Semana sin sábado.

RAMÓN.—Por un rato que voy a la tertulia...

ADRIANA.—Eso no me importa. Lo que no quiero es que sea los sábados, precisamente. Ni cualquier otro día fijo de la semana. Porque un día, el que sea, que a lo mejor resulta ser sábado, como hoy, pueden suceder en tu casa cosas mucho más interesante que en el café.

RAMÓN.—Sigues con tus fantasías.

ADRIANA.—Sí. Te lo confieso. Ya ves qué sencillamente. ¡Fué un sueño maravilloso, Ramón!

RAMÓN.—No vuelvas a contármelo: tu abuelo, el barco, la maleta...

ADRIANA.—Ni mi abuelo, que no era mi abuelo, ni nada de eso, con ser tan apasionante. Era una luz, una luz que no había visto nunca. Un cielo con pequeñas nubes blancas, apretadas; un mar intensamente azul, y una brisa que no había sentido desde que veraneamos en Almería.

RAMÓN.—¡Ah!

ADRIANA.—Yo sé que la vida no es color de rosa. Para mu-

chos es bien amarga, y para todos, al fin y al cabo, es triste. Cuando te hablo de cambiar la nuestra no creas que no me sobresalto. Porque en cualquier momento puede entrar por la ventana ese ave negra que ronda todas las casas, hasta las más humildes, y hacernos desgraciados. Pero en ciertos momentos, sin saber por qué, se siente esa brisa de Almería de que te hablaba, y una fuerza desconocida que nos empuja hacia adelante, siempre hacia adelante, y oímos como una voz confusa, que apenas entendemos, que parece gritarnos: "¡Aprovecha la racha, aprovecha la racha!"

RAMÓN.—¿Y cómo sabes lo que dice si apenas la entiendes?

ADRIANA.—No hace falta mucho esfuerzo para entender una frase tan vulgar: "Aprovecha la racha." Además, en todo hay un misterio. Así es el mundo.

RAMÓN.—¿Estás segura de haber oído bien?

ADRIANA.—Segurísima. Nos va a ocurrir algo inesperado.

RAMÓN.—¿Pero en qué puedes fundarte para estar tan convencida?

(Suena el timbre de la entrada.)

ADRIANA. *(Señalando hacia afuera, por el timbre.)*—En eso, por ejemplo.

(Una pausa. Vuelve a sonar el timbre.)

RAMÓN.—¿Quién podrá ser?

ADRIANA.—El señor Santos.

RAMÓN.—¿No me digas que ese condenado viejo va a volver hoy a esta casa!

(Entre RAFAELA.)

RAFAELA.—¿Abro?

ADRIANA.—Sí. Con precaución.

RAFAELA.—¿Pasa algo?

ADRIANA.—Va a pasar.

(Sale RAFAELA.)

RAMÓN.—¡Pues me alegro de no haber ido al café, qué demonio!

ADRIANA.—Te hubieras perdido estos momentos.

(Otra pausa.)

RAMÓN.—Tarda mucho en volver Rafaela.

ADRIANA.—El tiempo de abrir la puerta. Ya está aquí.

(A RAFAELA, que aparece en la puerta.) ¿Quién es?

RAFAELA.—Un señor.

ADRIANA.—¿Qué clase de señor?

RAFAELA.—Pues... un señor.

RAMÓN.—¿Qué desea?

RAFAELA.—Pregunta si viven aquí los señores.

RAMÓN.—¿Qué señores?

RAFAELA.—Pues... los señores.

RAMÓN.—Nosotros.

RAFAELA.—¡Claro! Aquí no viven otros señores. Ya le he dicho que iba a ver.

RAMÓN.—¿A ver si vivíamos aquí?

RAFAELA.—A ver si los señores recibían. ¿Qué le digo?

RAMÓN.—Que pase.

(Vuelve a salir RAFAELA.)

ADRIANA. (Apretando una mano a RAMÓN.)—¡Animo! Este es el momento.

RAMÓN.—Yo ya estoy preparado para todo. (Entra de nuevo RAFAELA, acompañada de UN CHÓFER particular, con un uniforme muy correcto. RAFAELA recoge la caja y los papeles en que venía envuelta la caña, sin perder, con dis-

mulo, palabra del diálogo.) ¿Es usted quien deseaba vernos?

CHÓFER.—No, señor. El señor, que está abajo, en el coche. Me ha mandado a preguntar si vivían aquí los señores de Morales.

RAMÓN.—Sí. Somos nosotros.

CHÓFER.—Pues voy a decírselo al señor.

(Sale el chofer. RAFAELA sale también hacia el interior de la casa, llevándose la caja y los papeles.)

RAMÓN.—¡Me he puesto nerviosísimo! Por un instante creí que era el dichoso viejo.

ADRIANA.—No sabemos si éste será joven.

RAMÓN.—Yo no me explico cómo te las arreglas, pero has conseguido, al fin, dar a los hechos más triviales un aire sobrenatural. ¿Qué de particular tiene que nos venga a visitar un señor?

ADRIANA.—En circunstancias normales, sería de lo más natural; pero no me negarás que estamos en una situación delicadísima.

(Se dirige hacia el teléfono.)

RAMÓN.—¿Qué vas a hacer?

ADRIANA.—Llamar a Rosa.

(Marca un número en el teléfono.)

RAMÓN.—¡Pero si no vas a tener tiempo de hablar con ella!

ADRIANA.—No hace falta que hable con ella. Bastará con que escuche. *(Al teléfono.)* La señora, por favor. De parte de la señora de Morales.

RAMÓN.—No comprendo para qué la llamas.

ADRIANA.—Ahora verás. *(Al teléfono.)* Rosa... Sí, soy yo. No creas que no me molestó esa risita tuya al despedirte. Me hizo el efecto de que me tratabas como a una

pobre tonta, a la que hay que perdonar sus boberías. Te dije que algo extraordinario había pasado en casa esta mañana. Me equivoqué. Va a pasar esta tarde. En este momento está subiendo las escaleras un señor —porque ya sabes que el ascensor no funciona— que viene a visitarnos. Dejaré el auricular descolgado para que oigas nuestra conversación. Procuraré que hablemos cerca del teléfono. Adiós.

(Deja el auricular sobre la mesa y se dirige al centro de la escena. Se coloca de cara al público, con las manos juntas, como si rezara.)

RAMÓN.—Decididamente, estás loca.

ADRIANA.—Cállate ahora.

RAMÓN.—¿Pero qué haces? ¿Estás rezando?

ADRIANA.—No. A los santos no hay que mezclarlos en estas cosas. Podrían enfadarse. Trato de hacer una transmisión de pensamiento para que ese señor me diga, exactamente, lo que quiero que me diga. Déjame concentrarme.

RAMÓN. *(Encogiéndose de hombros.)*—Concéntrate.

ADRIANA. *(Sin perder su actitud, como si pensara en voz alta.)*—Lo primero que hace falta es que al aparecer ese señor en la puerta, se establezca entre nosotros, rápidamente, una íntima relación. Es necesario que por un motivo cualquiera, por algo material, a ser posible, quede demostrado de una manera palpable que mi sueño continúa. Lo demás irá entonces sobre ruedas.

RAMÓN. *(Mirando hacia la puerta.)*—¡Ahí está!

ADRIANA.—Ponte tú ahí. Yo, en este otro lado. Así no sabré a cuál de los dos dirigirse y podremos observarlo unos segundos.

(En la puerta aparece VALCÁRCEL. Es un hombre ya mayor, bien vestido, de afables maneras. Sostiene en las manos como una bandeja, un paquete de la misma forma que el que trajo el señor SANTOS.)

RAMÓN. *(Dando un salto.)*—¡No es posible!

VALCÁRCEL. (*Cortésmente.*)—¿Los señores de Morales?

ADRIANA.—Sí, somos nosotros. No se ha equivocado. Le esperábamos.

VALCÁRCEL. (*Sorprendido.*)—¿Me esperaban ustedes?

ADRIANA.—Aunque le parezca extraño, sí, señor. Le esperábamos desde ésta mañana.

VALCÁRCEL.—Es verdad. Quizá me he retrasado un poco, pero ya les explicaré.

ADRIANA. (*Señalando un sillón junto a la mesa del teléfono.*)
Siéntese aquí, por favor. Puede poner el paquete junto al teléfono.

VALCÁRCEL.—Si es sólo por un momento. No quisiera molestarles.

RAMÓN. (*Que ha reaccionado ya, ofreciendo con firmeza el sillón que está junto al teléfono.*)—Siéntese, se lo ruego.

VALCÁRCEL. (*Sentándose.*)—Gracias. (*Al poner el paquete sobre la mesa, ve el auricular descolgado y, cuidadosamente, lo coloca de nuevo en el teléfono.*) Se han dejado ustedes el auricular descolgado.

ADRIANA. (*Reprimiendo un movimiento.*)—¡No...! No importa... Alguien había llamado..., pero no importa.

VALCÁRCEL.—¿Cuánto lo siento!

ADRIANA.—Volverá a llamar. Estoy segura.

VALCÁRCEL.—En fin... ¿Conque me esperaban ustedes?

ADRIANA.—Todo el día.

VALCÁRCEL.—Ya se lo dije a mi mujer. Pero las mujeres, ya se sabe, no tienen nunca prisa para nada.

ADRIANA.—Yo no soy así. Yo tengo siempre mucha prisa. Mi marido se desespera con lo impaciente que soy.

VALCÁRCEL.—Pues verán ustedes. No sé, la verdad, cómo presentarles mis excusas. He de darles una explicación no muy satisfactoria.

ADRIANA.—Usted no necesita explicarnos nada. Todo está clarísimo.

VALCÁRCEL.—Les traía este paquete.

ADRIANA.—De América, ¿no es cierto?

VALCÁRCEL.—Pues no lo sé.

ADRIANA.—¡ Ah! ¿ No viene usted de América?

VALCÁRCEL.—No, señora.

RAMÓN.—Perdónela usted. Mi mujer está hoy convencida de que todo el mundo viene de América.

VALCÁRCEL.—Siento defraudarla. No he estado nunca en América.

ADRIANA.—Ya. Le conocía usted por correspondencia.

VALCÁRCEL.—¿ A: quién?

ADRIANA.—A mi tío.

VALCÁRCEL.—¿ Al señor Elízaga?

ADRIANA. (*Entusiasmada.*)—¡ Exacto!

VALCÁRCEL.—Pues no. No le conocía.

ADRIANA.—Entonces, ¿ cómo sabe usted su nombre?

VALCÁRCEL.—Lo he dicho maquinalmente. (*Toma el paquete y lee la etiqueta.*) Este paquete viene dirigido a doña Adriana Elízaga de Morales. Remite: Federico Elízaga.

ADRIANA.—¡ Pues claro que es para mí!

VALCÁRCEL.—Supuse, no sé por qué...

RAMÓN.—¡ Curioso, muy curioso!

ADRIANA.—¡ Otro paquete! Sabrá usted que se ha muerto el pobre. Hacía muchos años que no lo veía. En realidad, no le vi nunca. Se fué a América antes de que yo naciera. Pero no me ha olvidado, se ve que no me ha olvidado. Este es el segundo paquete suyo que recibo hoy.

VALCÁRCEL.—¡ Y pensar que por una ligereza...! (*Presentándose.*) Mi nombre es Joaquín Valcárcel.

ADRIANA.—Tanto gusto.

RAMÓN.—Pues dígame, señor Valcárcel, ¿ quién le ha hecho a usted el encargo de traernos este nuevo obsequio?

VALCÁRCEL.—Verá usted... Hemos llegado al punto delicado de la explicación, que sabrán ustedes disculpar, espere.

ADRIANA.—¡No faltaba más!

VALCÁRCEL.—Mi mujer salió de compras esta mañana.

ADRIANA.—¿Qué compró?

VALCÁRCEL.—No lo sé. No me lo dice nunca.

ADRIANA. (*A su marido.*)—¿Lo ves?

VALCÁRCEL.—Hizo sus compras, de tienda en tienda, de calle en calle, parándose en todos los escaparates, y cuando se le ocurrió mirar el reloj, era ya muy tarde. Teníamos invitados a comer en casa.

RAMÓN.—¿Qué contrariedad!

VALCÁRCEL.—¿Qué hacer? A esas horas son muy difíciles las comunicaciones. Vivimos lejos. Yo me había llevado el coche, como todas las mañanas. Vió entonces un taxi parado, creo que en esta misma calle, y abrió decidida la portezuela. El chófer le dijo que estaba alquilado por un señor. Pero ella, sin inmutarse, con una audacia increíble, con ese valor inaudito que sólo tienen las mujeres, le aseguró que aquel señor era su marido y le dió la dirección de casa. Figúrense ahora ustedes el apuro de mi mujer cuando encontró dentro del taxis dos paquetes como éste. No había otra solución que subirlos a casa... y pagar el taxi. Cuenta crecida, por cierto.

ADRIANA.—Ya, ya voy comprendiendo. ¡Pobre señor Santos!

VALCÁRCEL.—¿Quién?

ADRIANA.—Nada. Es una exclamación familiar nuestra. Como quien dice "¡Ave María Purísima!" Continúe usted.

VALCÁRCEL.—Esa es toda la historia. No era muy airoso ir a contársela a la policía. Yo he procurado reparar el daño lo antes posible..., pero, ya les he dicho: los invitados...

RAMÓN.—Nos hacemos cargo.

VALCÁRCEL.—En cuanto a mi mujer... Piensen ustedes... A esas horas, el tráfico...

RAMÓN.—No insista. Es usted un narrador convincente.

VALCÁRCEL.—Muy amable. Y cumplida mi misión, un tanto avergonzado, no les molesto más.

ADRIANA.—Para mí ha sido una gran alegría recuperar el paquete.

VALCÁRCEL.—El otro ya está en manos de su dueño.

ADRIANA.—Así se hace. Muchas gracias, señor Valcárcel.

VALCÁRCEL.—Pagué también el taxi.

RAMÓN. (*Estrechándole la mano.*)—¡Muchas gracias!

VALCÁRCEL.—Las gracias a ustedes. Y... perdón.

(*Sale VALCÁRCEL. ADRIANA se precipita a deshacer el paquete.*)

ADRIANA.—Muy amable, ¿eh?

RAMÓN.—Amabilísimo.

ADRIANA.—Otro se hubiera quedado con los paquetes.

RAMÓN.—¡Mujer...! ¡Una persona decente...!

ADRIANA.—Otra persona que no hubiera sido decente, quiero decir.

RAMÓN.—¡A ver...! ¿Qué hay dentro?

(*ADRIANA, que ha deshecho ya el envoltorio, abre la caja y empieza a sacar de ella una serie de fotografías antiguas.*)

ADRIANA.—Fotos.

RAMÓN.—¿Qué?

ADRIANA.—Retratos antiguos. Míralos.

RAMÓN. (*Tomando uno de los retratos.*)—Déjame... ¡Qué barbas!

ADRIANA. (*Señalándolo con el dedo.*)—Ese es guapo.

RAMÓN.—¡Si apenas se le ve con tanto pelo...!

ADRIANA.—Mira ésta señora con miriflaque. Elegantísima.

RAMÓN.—No suponía yo que en América se encontraban estas cosas antiguas.

ADRIANA.—En América y en todas partes. Se ve que era un gran coleccionista. Mira este niño... ¿Verdad que no parece un niño?

RAMÓN.—¿De quién será hijo?

ADRIANA.—Se parece mucho al de la barba.

RAMÓN.—¿Crees tú?

ADRIANA. (*Ordenando las fotografías según va diciendo.*)—Podemos hacer grupos de familia. Este es el marido de ésta y tuvieron dos hijos... Estos no, que son muy mayores. Aunque con los trajes que llevan no es fácil saber la edad.

RAMÓN. (*Presentándole un retrato.*)—Búscame un marido para ésta.

ADRIANA.—Tengo que encontrar un hombre muy feo. (*Después de buscarlo.*) Este.

RAMÓN. (*Mostrándole otra fotografía.*)—Y un novio para esta jovencita:

ADRIANA. (*Sacando de la caja un nuevo retrato, que mira sorprendida.*)—¡Ramón...!

RAMÓN.—¿Qué?

ADRIANA. (*Emocionada.*)—Este retrato... No, no puedes reconocerlo... Tenía entonces diecisiete años.

RAMÓN.—¿Quién es?

ADRIANA.—Mi padre. Recuerdo haber visto otro igual que guardaba mi madre en un cajón de su cómoda, con sus primeras cartas atadas con una cinta. Podría describirte hasta el olor del cajón..., entre sándalo y violeta. ¿A dónde iría a parar aquel retrato?

RAMÓN.—Ahora tienes otro igual.

ADRIANA.—Sí, el mismo. Y éste sí que no se separará ya de mí.

RAMÓN.—Te has emocionado.

ADRIANA.—Ahora ya lo comprendo. Toda esta gente, todas estas personas que están aquí retratadas, inmóviles, se pu-

sieron sus mejores galas aquel día de la fotografía para que yo las conociera. Pensaban en mí. (*Cogiendo otro retrato.*) Esta mujer, que no sé quién es, debió de ser la tía Luisa, que murió yiejecita, soltera. Pero aquí tenía veinte años, y pensaba en aquel novio con quien no la dejaron casar. Sí. Este era el mundo de mis padres, de la infancia de mis padres, tal como yo lo imaginaba. (*Poniéndose en pie.*) ¡Gracias, tío Federico, me has hecho feliz!

RAMÓN.—¡Claro, mujer, eso es un regalo y no la caña!

(*Suena el timbre de la entrada. RAMÓN va a abrir.*)

ROSA. (*Dentro.*)—Aquí estoy. Vengo furiosa. (*Entrando con RAMÓN.*) Me parece imperdonable, de una crueldad refinada, llamar a una persona por teléfono, anunciándole no sé qué prodigios, y dejarla después con la curiosidad. ¿Qué ha pasado aquí?

ADRIANA.—Nada. No ha pasado nada.

ROSA.—¿Y el señor que subía por las escaleras?

RAMÓN.—Traía otro paquete. Eso es todo.

ROSA. (*Mirando el paquete.*)—¿Qué es esto?

ADRIANA.—Fotografías.

ROSA.—¿Y porque un señor te traiga fotografías no se te ocurre otra cosa que llamarme?

RAMÓN.—Son fotografías especiales.

ROSA.—¿En color?

ADRIANA.—Ni siquiera en blanco y negro. Amarillas, viejitas.

ROSA.—¿Quién te las manda?

RAMÓN.—¿Y lo preguntas? ¿Quién manda todos los paquetes que se reciben en casa desde esta mañana?

ROSA.—Su tío.

RAMÓN.—¿El mismo!

ROSA.—Entonces, la caña, ¿para quién era?

ADRIANA.—¿Cómo?

ROSA.—No te iba a enviar, al mismo tiempo, dos regalos por separado. Hubiera hecho un solo paquete.

ADRIANA.—Los dos regalos han sido para mí. Por algo era su única heredera.

RAMÓN. (*Pensativo, a ROSA.*)—¡Oye...! ¿Qué insinúas? ¿Que de la misma manera que ha habido una confusión... puede haber habido otra?

ROSA.—No sé de qué confusiones me hablas, pero tratándose de vosotros, no me extrañaría.

RAMÓN.—¿Dónde está esa carta de garantía? (*La saca de uno de sus bolsillos y la ojea.*) No está dirigida a nadie. ¡Claro, es una circular! ¡Esta manía de las circulares! (*A ADRIANA.*) ¿Leiste tú la dirección del paquete?

ADRIANA.—No.

RAMÓN.—¿Dónde está la caja y los papeles que la envolvían?

ADRIANA.—No te pongas nervioso. Se los habrá llevado Rafa. Estoy segura de que el paquete era para mí. El señor Santos me lo entregó en propia mano.

RAMÓN.—El señor Santos... (*Llamando.*) ¡Rafaela!

RAFAELA. (*Apareciendo.*)—¿Llamaba el señor?

RAMÓN.—¿Ha visto usted una caja y unos papeles de envolver que estaban por aquí?

RAFAELA.—Sí, señor. Me los llevé.

RAMÓN.—No me dirá usted que los ha echado al fuego.

RAFAELA.—No, señor, no se lo diré.

RAMÓN.—Porque no se atreve, ¿verdad?

RAFAELA.—Porque no los he echado todavía. Ahí dentro los tengo, en la cocina.

RAMÓN.—Traiga usted en seguida lo que se llevó.

(*Sale RAFAELA.*)

ADRIANA.—Te repito que el paquete era para mí. Pero, ¡qué terco eres!

RAMÓN. (A ROSA.)—¿La oyes? Tú y yo hemos tenido la misma sospecha; pero ella insiste. ¡Y el terco soy yo!

(RAFAELA vuelve con la caja y los papeles.)

RAFAELA.—Aquí tiene todo el señor.

RAMÓN.—A ver... (Mira la caja, los papeles y descubre, al fin, la dirección.) ¡Aquí está! (Un silencio. RAMÓN mira a su mujer y, después, lee la dirección, con voz pausada.) "Señor don Pedro García. Calle de Serrano, número 325."

ROSA.—¡Qué lejos!

ADRIANA. (Con un grito de entusiasmo.)—¡Pedro García!... ¡Pedro García!

RAMÓN.—¿Eh?

ADRIANA.—Repítemelo. ¡Pedro García!

RAMÓN.—Así dice.

ADRIANA.—No, no puedes comprenderlo. Al pie mismo de la escala del barco oí una voz que decía: "Eres Pedro."

RAMÓN. (Sin saber lo que dice.)—"Tu est Petrus."

ADRIANA.—En español. Nada de latín. Lo oí perfectamente. ¿Cuál será el teléfono de Pedro García?

RAMÓN.—En la dirección no lo pone.

ROSA.—Búscalo en la guía.

RAMÓN. (En son de burla.)—¡Sí, busca en la Guía telefónica el número de Pedro García.

ADRIANA.—¿Por qué no?

(ADRIANA hojea nerviosamente la guía del teléfono.)

ROSA.—Por la calle, mujer. No tienes iniciativa. (Toma la guía y la abre por el final.) Se..., Se..., Serrano... Cien..., doscientos..., trescientos... ¡Al fin llegamos!... Hm..., hm..., hm..., trescientos veinticinco, Pedro García y García.

ADRIANA.—Le llamaré yo. (Mira la guía y marca un número.) ¿Es la casa de don Pedro García? ¿Podría hablar

con el señor?... (*Sorprendida.*) ¿Cómo? (*Casi sin aliento.*)
¿Está usted segura?... Sí, naturalmente, he dicho una tontería... Perdón.

(*Cuelga desalentada el auricular.*)

RAMÓN.—¿No era su casa?

ABRIANA.—Sí: era su casa. He hablado con su secretaria.
Don Pedro García y García está de viaje. Se fué a América hace dos meses.

T E L O N

ACTO TERCERO

El mismo decorado, el mismo día, al anochecer

(En escena, en actitud de aguardar, la señorita CORINA, mujer de unos cuarenta años, con gafas, tipo acusado de oficinista. RAFAELA cruza la escena.)

RAFAELA. *(Al pasar frente a la señorita CORINA.)*—La señora no puede tardar..., no puede tardar...

CORINA.—Me citó a las ocho y son ya las ocho y veinte.

RAFAELA.—Por eso digo que no puede tardar. *(Sale RAFAELA, después de encender la escena. A poco vuelve a entrar con DON ROMÁN, hombre campechano, de unos sesenta años, un tanto descuidado en el vestir. Trae un paquete igual a los que ya hemos visto.)* Siéntese, por favor.

(RAFAELA sale hacia el interior de la casa.)

DON ROMÁN. *(A CORINA, sin abandonar el paquete.)*—No sé si llego con retraso. Nada más, colgar el teléfono me vestí como un rayo. Porque los sábados me gusta quedarme en casa y ponerme un traje viejo. ¡Como me paso toda la semana en la calle!... La familia, en cambio, prefiere el cine. ¡Como se pasa, toda la semana en casa!...

Pero, en fin, aquí estoy. Me han dado ustedes una alegría de las grandes.

CORINA. (*Extrañada.*)—¿Yo?

DON ROMÁN.—¿No es usted de la casa?

CORINA.—No, señor.

DON ROMÁN.—¡Ah! Entonces usted no me ha dado nada.

(*Se sienta, con el paquete en las rodillas.*)

CORINA.—A mí me han citado aquí.

DON ROMÁN.—A mí también.

CORINA.—La señora de Morales.

DON ROMÁN.—La misma. ¿Dónde está?

CORINA.—Ha salido.

DON ROMÁN.—¡ Hombre, si me dijo que viniera en seguida!

CORINA.—A mí, que estuviera aquí a las ocho.

DON ROMÁN.—¡ Pues tiene gracia! ¡ Con la prisa que me he dado!... ¿ Sabe usted para lo que me llama?

CORINA.—¿ Cómo voy a saberlo?

DON ROMÁN.—¡ Podía usted estar enterada, siendo amiga suya!

CORINA.—Yo no soy amiga de esta señora. Ni siquiera la conozco.

DON ROMÁN.—¡ Caramba! Ni yo tampoco.

CORINA.—De haberla conocido no hubiese sido tan puntual.

DON ROMÁN.—A mí me llamó por teléfono y me dijo una cosa rarísima. “¿ Ha recibido usted un paquete de América?” “Sí, señora”, le contesté. “Pues véngase a casa en seguida y tráigalo con usted.” (*Por el paquete.*) Es éste. “Soy la sobrina del difunto”, añadió luego.

CORINA.—¿ De qué difunto?

DON ROMÁN.—Pues de mi amigo Elizaga, que murió hace dos meses. Esa fué la alegría.

CORINA.—¿ Que se muriese?

DON ROMÁN.—¿ Qué barbaridad! Que fuera su sobrina. ¡ Con

las ganas que tenía yo de hablar con alguien del pobre Federico! Le conocí en América, hace ya muchos años. Fuimos compañeros de fatigas. Yo me volví antes, cansado de aquello. El, por desgracia, ya no podrá volver. Ni siquiera sabía yo que tuviese una sobrina.

CORINA.—Ya, ya voy comprendiendo.

DON ROMÁN.—¿El qué?

CORINA.—Por lo que estamos aquí los dos. Yo vengo a llevarme un paquete que ha llegado de América. Puede que sea el de usted.

DON ROMÁN.—¡ Hombre, el mío, no! ¿ Por qué iba usted a llevárselo?

CORINA.—Es una suposición.

DON ROMÁN.—No le serviría de nada. El pobre me mandó sus camisetas, sus calcetines, sus calzoncillos...

CORINA. (*Extrañada.*)—¿Cómo?

DON ROMÁN.—Uno de cada clase.

CORINA.—¡ Pues sí que es un recuerdo!

DON ROMÁN.—Una especie de muestrario. El hacía esas cosas en sus fábricas... Estaba muy metido en negocios y quería nombrarme su representante en España. Pero como se ha muerto, ¡ vaya usted a saber quién va a ocuparse ahora de los calcetines! Por eso le decía que no le serviría de nada.

CORINA.—No estoy yo tan segura.

(En la puerta aparece RAMÓN, que viene de la calle. Se sorprende al ver a los visitantes.)

RAMÓN.—¡ Ah, buenas noches! ¿ Me esperaban ustedes?

DON ROMÁN.—No, señor. ¿ Le han citado a usted también?

RAMÓN. (*Sorprendido.*)—¿ A mí?

DON ROMÁN.—La señora de Morales.

RAMÓN.—La señora de Morales es mi mujer.

DON ROMÁN. (*Alargando la mano.*)—¡Ah, en ese caso, mucho gusto! Quiero decir mi más sentido pésame.

RAMÓN.—¿Eh?

DON ROMÁN.—Aunque hayan pasado dos meses del fallecimiento del tío, yo quiero que sepan que les acompaño en su sentimiento.

RAMÓN.—Muchas gracias. ¿Y ese paquete?

DON ROMÁN.—El que recibí.

RAMÓN.—Otra caña, ¿eh? ¿O son más fotografías? ¿Qué venía dentro?

DON ROMÁN.—Ropa interior.

RAMÓN.—¡Pues ya tenemos de todo! La verdad es que el difunto era un sujeto de lo más original.

DON ROMÁN.—No, señor. Era una persona muy seria.

RAMÓN.—¿Muy seria? ¡Vamos, hombre! No he conocido a nadie de mejor humor.

DON ROMÁN.—¿Le conoció usted?

RAMÓN.—No he hecho otra cosa que oír hablar de él desde que me levanté. (*A CORINA.*) Y usted, señorita, ¿tendrá también su paquete?

CORINA.—No, señor. Yo vengo a buscarlo.

RAMÓN.—¡Pues nada, elija el que quiera!

CORINA.—Soy la secretaria de don Pedro García.

DON ROMÁN.—¿Cómo?

CORINA.—¿Le sorprende?

DON ROMÁN.—¿Es usted la secretaria de Pedrito?

CORINA.—Yo le llamo siempre don Pedro.

DON ROMÁN.—Usted, sí; pero yo le he visto nacer, como quien dice. Su padre era también de los nuestros. Hombre emprendedor, animoso... Aún me parece estarlo viendo, con aquellos bigotes. Me han dicho que el hijo es igual al padre.

CORINA.—Sin bigota.

DON ROMÁN.—Quiero decir, que no es tampoco hombre que pierda el tiempo.

RAMÓN.—Seguramente, no. Aquí el único que, por lo visto, lo pierde, soy yo.

DON ROMÁN. (*A manera de excusa.*)—¡Su esposa nos pidió que viniéramos!...

RAMÓN.—Por eso estoy encantado de recibirles. Me parece que ya no falta nadie por conocer. ¿Se llama usted?...

DON ROMÁN.—Román.

RAMÓN.—Y yo, Ramón..

DON ROMÁN.—¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!

RAMÓN.—¿Qué es lo que tiene gracia?

DON ROMÁN.—No sé... Ramón, Román... Me pareció gracioso.

RAMÓN.—Es usted fácil de contentar. (*Llamando.*) ¡Rafaela!

RAFAELA. (*Apareciendo.*)—Señor...

RAMÓN.—¿Sabe usted a dónde ha ido la señora?

RAFAELA.—A telefonar.

RAMÓN.—¿Cómo? ¿Qué dice?

RAFAELA.—Perdone el señor. Me he equivocado. La señora me dijo que iba a hacer unas visitas para no telefonar.

(*Suena el timbre de la entrada.*)

DON ROMÁN.—Debe de ser ella.

RAMÓN.—No lo creo. (*A RAFAELA.*) Vaya a ver.

(*RAFAELA hace mutis.*)

CORINA.—Si tarda mucho tendré que irme. Son ya cerca de las nueve.

(*ADRIANA y ROSA aparecen, seguidas de RAFAELA. Vienen de la calle.*)

RAFAELA. (*Mientras crusa la escena.*)—Estos señores están esperando a la señora desde hace un siglo.

(*RAFAELA hace de nuevo mutis.*)

ADRIANA.—Perdónenme ustedes. No he podido llegar antes.

He hecho todo con tanta prisa, que hasta me olvidé del llavín. (*Saludando.*) Usted es don Román, por supuesto.

DON ROMÁN.—Servidor.

ADRIANA.—Y usted, la señorita Corina.

CORINA.—Sí, señora.

ADRIANA. (*Presentando.*)—Esta es mi amiga Rosa y este señor es mi marido.

RAMÓN.—Ya nos habíamos presentado.

ADRIANA.—Muy bien; ¡Cuánta gente!

RAMÓN.—Es una reunión muy agradable.

ADRIANA.—Aún no está completa.

RAMÓN.—¿Falta alguien?

ADRIANA.—No sé. A mí siempre me parecè que falta alguien.

No te lo explico para que no vuelvas a hablarme de mi obsesión. Pero, ¿verdad que a todos nos pasa lo mismo? Siempre esperamos... no sé qué.

CORINA.—Yo, mi paquete. Si puede ser.

ADRIANA.—¡Claro que puede ser! Lo que siento es haberme retrasado tanto. Pero comprenda, don Román, que no era tan fácil averiguar su dirección. No sabíamos dónde vivía usted. Tuve que ir a preguntárselo a los señores de Valcárcel, que son unos amigos nuestros. Bueno, al señor Valcárcel lo hemos conocido hoy, que vino a traernos los retratos; pero es una persona encantadora. Ya sabe quién es: el señor del taxi, el que encontró los paquetes... Allí me entretuve un gran rato, sin darme cuenta. Resulta que la señora de Valcárcel es muy habladora. Tiene una conversación amenísima.

RAMÓN.—¿La dejaste hablar?

ADRIANA.—Todo el tiempo. Ella hablaba y hablaba y yo no hacía más que preguntarme: ¿Cómo es posible que haya personas que hablen tanto, para no decir nada, al fin y al cabo?

RAMÓN.—Eso es muy frecuente.

ADRIANA.—¿Lo dices por mí? Pues te equivocas. Yo sé muy bien lo que digo, y si hablo tanto, es porque no hay otra manera de decir las cosas.

CORINA. (*Poniéndose en pie.*)—Señora, perdóneme que la interrumpa; pero tengo mucho que hacer. Mi jornada de trabajo no ha terminado todavía. Si me da usted eso por favor...

ADRIANA. (*Disponiéndose a salir.*)—¡Ahora mismo! Ya le dije que era una caña muy bonita. Y no crea que me desprendo de ella sin pena. Me había acostumbrado ya a quererla como a cosa propia.

(*Sale ADRIANA.*)

DON ROMÁN.—Su esposa es muy simpática.

RAMÓN.—¡Muy amable!

DON ROMÁN.—Parece una mujer dispuesta.

RAMÓN.—¡No lo sabe usted bien!

(*Vuelve ADRIANA con los paquetes.*)

ADRIANA.—Estas son las dos cajas que han venido hasta ahora. Iguales a la suya, ¿no, don Román?

DON ROMÁN.—Exactas. Se ve que son de la misma fábrica. ¡Y poco orgulloso que estaba de sus cartones!

ADRIANA.—¿Quién?

DON ROMÁN.—¡Federico! Estas cajas las hacía él.

ADRIANA.—¿Es posible? ¿Allá en las montañas? ¿A tanta altura?

DON ROMÁN.—¿En las montañas?

ADRIANA.—¿No vivía en unas montañas muy altas, rodeado de vacas?

DON ROMÁN.—No creo.

RAMÓN. (*A CORINA, entregándole su caja.*)—Si no le interesa esta conversación, puede irse con su caña.

CLAUDIO DE LA TORRE

CORINA.—Un momento. Empieza a interesarme.

DON ROMÁN.—Su tío vivió siempre en la ciudad. No creo que fuera al campo más que los domingos.

ADRIANA.—¿Y las vacas?

DON ROMÁN.—No sé que tuviera vacas, sino Bancos, y fábricas. Estoy bien enterado, a pesar de que haga ya unos años que salí de allí.

ADRIANA.—¿Y la india?

DON ROMÁN.—¿Qué india?

ADRIANA.—La que vivía con él. Y los hijos naturales, los mestizos.

CORINA. (*De pronto, como ofendida.*)—¿Es esto una burla?

ADRIANA.—¿Cómo?

CORINA.—¡Si no es una burla, es, por lo menos, una falta de respeto! ¡Buenas noches!

(CORINA sale muy digna, llevándose su caja.)

ADRIANA.—Pero, ¿qué dice esa insensata?

ROSA. (*A RAMÓN.*)—¿Quién es esa mujer?

RAMÓN.—¡Ay, no lo sé! ¡He conocido hoy a tanta gente!...

ADRIANA. (*A DON ROMÁN.*)—¿Qué ha querido decir la señorita Corina?

DON ROMÁN.—Me ha parecido entender que defendía la memoria de su tío.

ADRIANA.—Y, ¿quién es ella para defender a mi familia?

ROSA.—Siempre es de agradecer.

ADRIANA.—Lo que yo digo y repito es que a mí me han hablado de unas vacas.

DON ROMÁN.—¿Quién?

ADRIANA.—Un tal Santos: el que vino de América. ¿Lo conoce?

DON ROMÁN.—No.

ADRIANA.—¿Se escribía usted con frecuencia con mi tío?

DON ROMÁN.—Todos los meses. Estaba muy al tanto de sus negocios, aunque él era muy reservado.

ADRIANA.—¿Tenía negocios?

DON ROMÁN.—Muchos. Y muy saneados. Propiedades también.

ADRIANA.—¿Tierras?

DON ROMÁN.—Casas.

ADRIANA. (A RAMÓN.)—Pero, ¿ese Santos no ha dado una!

RAMÓN.—¿Qué te decía yo?

ADRIANA.—¿Qué me decías?

RAMÓN.—No he hecho más que repetirte todo el tiempo que no te dejaras llevar de la imaginación.

ADRIANA.—¿Y tú crees que es dejarme llevar de la imaginación el creer que mi tío tenía vacas?

RAMÓN.—Ha resultado otra fantasía, como ves.

DON ROMÁN.—En fin, señora, si puede usted decirme para lo que me ha mandado venir...

ADRIANA.—¿Ahora me sale usted con esa pregunta? ¿Para qué le mandé venir? ¿Pues para lo que estamos hablando! ¿Le parece poco?

DON ROMÁN.—La verdad... Yo estaba en casa, como sabado que es...

ADRIANA.—¡Y dale! Pero, ¿qué manía tienen todos los hombres con los sábados! Si me he permitido molestarle ha sido por algo difícil de explicar; pero que va usted a comprender.

DON ROMÁN.—Veamos.

ADRIANA.—Yo soñé anoche con mi tío...

RAMÓN. (Estallando.)—¡No! ¡Eso sí que no! ¡Todo menos eso!

ADRIANA.—Pero...

RAMÓN.—¡Te prohíbo volver a contarlo!

DON ROMÁN. (Conciliador.)—No se enfade usted.

RAMÓN.—Lo que pasa, querido señor, para que empiece usted a comprender lo que nos sucede, es que esta mañana vino a visitarnos un viejo idiota.

ADRIANA. (*Dolida.*)—¡ Ramón!...

RAMÓN.—¡ Un viejo idiota! A cada cual lo suyo. No hay por qué andarse con rodeos para explicar las cosas más sencillas.

DON ROMÁN.—Siga usted.

RAMÓN.—Y ese detestable anciano, que se llama el señor Santos, nos ha armado tal confusión con sus noticias —unido, naturalmente, al sueño de mi mujer—, que esta casa se ha llenado de paquetes.

DON ROMÁN.—Perdóneme. Ahora lo entiendo menos.

RAMÓN.—¡ Ni falta que le hace entender nada! (*Serenándose.*) Escúcheme, por favor. La cabeza mejor organizada del mundo, pongamos la del también fallecido señor Einstein, por ejemplo, no sería capaz de calcular las infinitas posibilidades de que perdiéramos la razón que nos han amenazado en esta casa desde las primeras horas del día. ¿Está claro?

DON ROMÁN.—Tampoco.

ADRIANA.—Exageras, Ramón, exageras. No ha habido más que una cierta precipitación en los acontecimientos. Pero todo se aclarará, al fin. (*A DON ROMÁN.*) Yo le he rogado a usted que viniera porque ante esta confusión de que habla mi marido, pensaba que quizá pudiera usted suministrarnos alguna luz.

RAMÓN.—Estás hablando de una manera muy afectada, Adriana.

ADRIANA.—No importa. El señor lo entiende ahora. (*A DON ROMÁN.*) Figúrese que yo no había tenido noticias de mi tío hasta anoche, que me dormí. Ya sabe usted lo que son los sueños: algo confuso, muy difícil de recordar...

RAMÓN. (*Amenasador.*)—¡ Cuidado, Adriana, cuidado!

ADRIANA.—Bueno, en una palabra: usted nos ha contado ya muchas cosas que ignorábamos: eso de las tierras, los Bancos, su amistad con el difunto...

DON ROMÁN.—Yo le quería como a un hermano. Por eso no dudé en venir cuando usted me llamó. Juntos trabajamos en aquellas tierras, de lo lindo. Yo me cansé antes y me volví. El tuvo más suerte. Llegó a hacer una gran fortuna.

ADRIANA. (A ROSA.)—¿Cuando yo te lo decía!...

RAMÓN. (A ROSA.)—¿A ti también?

ROSA.—También.

DON ROMÁN.—¡Gran tesón el suyo! Lo que se dice, un cabezota. Merecía triunfar.

ADRIANA.—¿Se casó, naturalmente?...

DON ROMÁN.—No, que yo sepa.

ADRIANA.—Bueno..., quiero decir... Tuvo unos hijos.

DON ROMÁN.—No lo creo. Federico no era de éstos. Vivía entregado a sus negocios.

ROSA.—¿Qué hombre más raro!

DON ROMÁN.—¿Por qué? Al que va a trabajar a América, lo que le interesa es hacer dinero.

ROSA.—Pero aquello está muy poblado.

ADRIANA.—¡Callate, Rosa! No vaya a asustarse el señor y nos quedemos sin saber lo que nos importa.

DON ROMÁN.—¿Qué quieren ustedes saber?

ADRIANA.—En realidad, ya nos ha dicho casi todo: ni vacas, ni montañas..., ni siquiera indios. Lo que se dice un hombre modelo.

DON ROMÁN.—El padre de Pedrito les hubiera podido informar mejor que yo si no se hubiera muerto también.

ROSA. (A RAMÓN, aparte.)—¿Sabes tú quién es Pedrito?

RAMÓN.—Sí.

ROSA.—Te felicito. Para mí, todo se desenvuelve, hasta ahora, entre muertos y desconocidos.

ADRIANA. (Que ha seguido hablando con DON ROMÁN.)—De manera, que entraron en sociedad...

DON ROMÁN.—Hace muchos años. Después de yo volver.

ADRIANA.—En ese caso, ya me explico la actitud de la señorita Corina.

ROSA. (*Sorprendida, a RAMÓN.*)—Tu mujer tiene una inteligencia privilegiada.

RAMÓN.—Yo no sé si a eso se le puede llamar inteligencia; pero, desde luego, no es frecuente.

DON ROMÁN. (*Poniéndose en pie.*)—Conque si ustedes no tienen nada más que mandar, me vuelvo a casa. ¿Quieren ver mi paquete?

RAMÓN.—No hace falta.

ADRIANA.—¿Por qué no?

RAMÓN.—Es ropa interior.

ADRIANA.—Comprendo.

DON ROMÁN.—Pues dejen a ustedes. Que pasen buena noche. A mí todavía me falta oír el argumento de la película.

ADRIANA.—¿De qué película?

DON ROMÁN.—De la que ha visto esta tarde la familia. Como es sábado...

(*Sale DON ROMÁN acompañado de RAMÓN. Suena el teléfono. ADRIANA descuelga el auricular.*)

ADRIANA.—¿Quién es? ¿Quién llama,—por favor? (*De pronto, con grandes muestras de entusiasmo.*) ¡Ni caído del cielo! Toda la tarde hablando de usted. ¡Sí, venga en seguida! ¡Le esperamos con los brazos abiertos!

(*Cuelga. Vuelve a entrar RAMÓN.*)

RAMÓN.—¿Quién llamaba?

ADRIANA.—Nadie.

RAMÓN.—Me pareció oír el teléfono.

ADRIANA.—Figuraciones tuyas, como siempre.

RAMÓN.—¿Quién era, Rosa?

ROSA.—A mí no me metas en vuestros líos. Yo también me voy a casa, que ya es hora. Una cosa sí te digo, Ramón:

cuida de tu mujer. Está francamente mal. Esta tarde me ha contado unas cosas muy extrañas.

RAMÓN.—A mí me las cuenta desde que nos casamos, y ya estoy acostumbrado.

ROSA.—¡Pues no lo comprendo, hijo!

ADRIANA.—¡Eso, eso! Siembra la discordia, fomenta la desunión de los matrimonios felices, como el nuestro. Eso han hecho siempre las solteras.

ROSA.—¿Cómo solterona? ¡Soy madre de cuatro hijos!

ADRIANA.—Pero tienes alma de solterona.

ROSA.—Bueno, Ramón, me voy. Será mejor que os deje solos. Para que te cuente lo que me decía antes, al subir la escalera. Me dijo que estaba muerta.

RAMÓN.—¿De cansancio?

ROSA.—No, muerta...: que se había muerto.

RAMÓN.—¿Es posible?

ADRIANA. (*En tono de reconvención, pero sin moverse.*)—Estás revelando un secreto. No volveré a tener confianza en ti. Yo no te he dicho que estaba muerta, porque no me gusta decir tonterías; sino que me sentía como si me hubiera muerto, que no es lo mismo.

ROSA.—¿Lo oyes?

ADRIANA.—¿Quieres explicarme, querida Rosa, por qué le preguntas si me oye, teniendo él sus oídos en perfecto estado?

ROSA. (*Riendo.*)—Porque no sabía si hablabas con voz de ultratumba. ¡Adiós, matrimonio! No me acompañes, Ramón.

(*Sale ROSA.*)

RAMÓN.—Bien. ¿Cómo te encuentras?

ADRIANA.—Acabas de oír que estoy muerta y me preguntas cómo me encuentro.

RAMÓN.—¿Estás enferma?

ADRIANA.—No, al contrario: estoy llena de vida. Como los muertos. Como los muertos en la otra vida, naturalmente. Me parece como si tuviera ante mí la vida eterna. Todo está clarísimo, al fin.

RAMÓN.—Menos mal.

ADRIANA.—Me siento como suspendida en el aire, fuera de esta casa, sobre un mundo que me conmueve y que me atrae. No puedo decirte que veo la tierra entera, no. La altura a que yo me encuentro es, aproximadamente, dos veces la Telefónica. Desde allí no se puede ver todo. Hay mares y continentes que ni siquiera sé por dónde caen. Pero lo que está debajo de mí, el mundo que rodea nuestra casa, eso lo veo perfectamente. Hay personas que van y vienen; pero no les distingo bien las caras.

RAMÓN.—¡Claro, desde esa altura!...

ADRIANA.—Mira, Ramón, te agradecería que me entendieras con un poco más de rapidez. Yo no soy una perturbada, ni se te ocurra por un momento pensar que estoy en trance. No. Yo soy una mujer normal, una mujer normal llena de ilusiones, como todas las mujeres normales.

RAMÓN.—¿Qué decías de esas personas que ves desde arriba?

ADRIANA.—Que no las distingo bien. Y hay una, sobre todo, que me interesa mucho su visita.

RAMÓN. No será el señor Santos...

ADRIANA.—No. Ese ya sé que va a venir.

RAMÓN.—¿Por qué estás tan segura?

ADRIANA.—Porque me ha telefoneado.

RAMÓN.—¿Que te ha telefoneado?

ADRIANA.—Hace un momento. Cuando estaba aquí Rosa.

RAMÓN.—Me aseguraste que no había llamado nadie.

ADRIANA.—Quería reservarte esa sorpresa.

RAMÓN.—¿Otra más?

ADRIANA.—Otra, y otra, y otra, porque la vida está llena

de sorpresas, aunque no lo creas. La vida es sorprendente.

RAMÓN. (*Mirándola con cariño.*)—Voy creyendo que sí.

ADRIANA.—Mira, recuerdo que de pequeña leía un libro de memorias, en el que el autor hablaba mucho de su infancia, como todos los que escriben sus memorias. Contaba, entre otras cosas, que se aburría mucho cuando jugaba con su hermana, su única hermana, tan pequeña como él. Un día, el hermano, que se creía muy listo porque era hombre, le dijo a la chica: "Lo que pasa es que tú eres una niña y no sirves para juegos de emociones." Entonces la niña le respondió: "Pues figúrate que me he muerto." "¡Qué tontería!", dijo el chico. "Figúrate que me he muerto de verdad —continuó la hermana—. Yo salgo de la habitación y tú sigues pensando que no volverás a verme, que ya podrás jugar a lo que quieras. Cuando lo hayas pensado mucho y estés convencido de mi muerte, yo vuelvo a entrar en la habitación. ¡Verás qué emoción tremenda!"

RAMÓN.—¿Eso fué todo lo que se le ocurrió?

ADRIANA.—Ya ves qué sencillo. Pues el autor dice en su libro que, al aparecer de nuevo la hermana, tuvo una de las mayores impresiones de su vida.

RAMÓN.—No lo creo.

ADRIANA.—Vamos a jugar tú y yo a lo mismo.

RAMÓN.—No tengo ganas de jugar.

ADRIANA.—Parece un juego, pero no lo es.

RAMÓN. (*Tras una pausa.*)—Adriana, ¿qué relación tiene esa historia con nosotros?

ADRIANA.—Verás. Hoy es un día misterioso. Se nos ha llenado la casa de fantasmas. Lo que quiere decir que la vida, lo que tú llamas la vida, esa cosa tan aburrida de todos los días, no puede ya satisfacernos. Necesitamos experiencias más fuertes. Como esos chicos que no sabían jugar y se pusieron a pensar en la muerte, porque era más emocionante.

RAMÓN.—Con la muerte no se juega.

ADRIANA.—¡Pero si yo no voy a morirme! Té repito que estoy llena de vida, Lo único que quiero es crear un ambiente, una atmósfera especial, por lo que pueda sucedernos.

RAMÓN.—Adriana, escúchame. En serio: como tu condenado tío Federico entre por esa puerta con sus maletas, me divorcio en el acto.

ADRIANA.—¡Qué cosas dices! Si ya no pienso en él. Eso fué esta mañana. Ahora, en quien pienso, es en mi padre.

RAMÓN.—¡Adriana!

ADRIANA.—No puedes prohibírmelo. Es lo más natural. Ya te he dicho que hasta me pareció oír su voz: "Aprovecha la racha, aprovecha la racha..." Y luego, esa brisa...

RAMÓN.—Sí, la de Almería.

ADRIANA.—Siéntate en ese sillón. (RAMÓN se sienta. ADRIANA se dirige hacia la puerta del vestíbulo.) Piensa ahora que me he muerto.

RAMÓN.—No me gusta ese juego.

ADRIANA.—Piénsalo. ¡Si no es nada del otro mundo!

(Sale ADRIANA. RAMÓN queda solo en escena. Apoya la cabeza entre las manos.)

ADRIANA. (Dentro.)—Piénsalo mucho. Me he muerto.

RAMÓN.—Ya está.

(Hay una pausa larga. RAMÓN levanta la cabeza y mira hacia la puerta, en la que aparece ADRIANA, al cabo de unos segundos.)

ADRIANA. (Después de mirar a RAMÓN, tras una pausa.) —
¿Qué?

RAMÓN. (Tranquilamente.)—Nada.

ADRIANA.—¿Nada? ¿No has sentido ninguna impresión?

RAMÓN.—Ninguna.

ADRIANA.—Porque no lo has pensado de verdad. Vamos a repetirlo.

RAMÓN. (*Estallando.*)—¡No!

ADRIANA.—¿Pero qué te pasa? Te has puesto nervioso. Eso es que te has impresionado y no quieres confesarlo.

RAMÓN. (*Sentándose de nuevo.*)—Por mí, puedes seguir jugando. (*Vuelve a salir ADRIANA. RAMÓN coge un periódico y finge leer. Está pendiente de la puerta. Transcurren unos segundos en silencio. RAMÓN, al fin, deja el periódico y llama.*) ¡Adriana! (*Nadie responde. RAMÓN se pone en pie y repite la llamada, alzando la voz.*) ¡Adriana!

RAFAELA. (*Apareciendo en otra puerta.*)—¿Llamaba el señor?

RAMÓN.—Sí, pero no a usted.

RAFAELA. Me pareció oír que llamaba.

RAMÓN.—A la señora.

RAFAELA.—¿Ha vuelto a salir?

RAMÓN.—¡Sí! (*Rectificando.*) ¡No!

RAFAELA.—¿Pues dónde está?

RAMÓN.—¡Se ha muerto!

RAFAELA.—¡Qué barbaridad!

(*Sale RAFAELA. RAMÓN se dirige hacia la puerta del vestíbulo.*)

RAMÓN.—¿Quién está ahí?

(*ADRIANA aparece.*)

ADRIANA.—No te asustes, hombre. Soy yo.

RAMÓN.—¿Con quién hablabas?

ADRIANA.—Con la persona que estaba esperando. (*Entra PEDRO GARCÍA. Joven, simpático, con aire de hombre de negocios moderno.*) Voy a presentarte. (*Al recién llegado.*) Este es mi marido.

PEDRO. (*Estrechándole la mano.*)—Tanto gusto, señor Morales. La señora ha tenido ~~de~~ amabilidad de abrirme la

puerta. Perdone usted la hora en que vengo de visita.
Acabo de llegar.

RAMÓN. (*Serio.*)—De América, naturalmente.

ADRIANA.—¡Claro!

PEDRO.—No he hecho más que dejar las maletas en casa y he venido a saludarles.

RAMÓN.—¿Traerá usted también su caja, como es de rigor?

PEDRO.—¿Una caja?

RAMÓN.—De cartón.

PEDRO.—No comprendo.

ADRIANA.—Se trata de una confusión, que ya le explicaré.

Me habían traído por error una caña de pescar...

PEDRO.—¡Ah! ¿Es usted aficionada a la pesca? Yo también.

Podríamos ir a pescar un día juntos, si le divierte.

RAMÓN.—A mi mujer le divierten otras cosas.

ADRIANA.—Ya te advertí que me invitarían a pescar. En este mismo sitio.

PEDRO.—Me pareció una obligación elemental de mi parte el venir a verles en seguida. Para conocerles. Tenemos, en adelante, que ser muy buenos amigos.

RAMÓN.—¿Por qué?

PEDRO.—¿Cómo?

RAMÓN.—¿Por qué tenemos que ser muy buenos amigos? Me da curiosidad saberlo.

ADRIANA.—¡Hombre, eso se dice siempre entre personas que acaban de conocerse!

RAMÓN.—Aún no sé quién es este señor.

PEDRO.—¡Oh, perdón! Mi nombre es Pedro García.

RAMÓN.—¡Ah, el del teléfono!

PEDRO.—¿Qué?

ADRIANA.—Ya se lo explicaré también, cuando tengamos más amistad. ¿No ha hablado con su secretaria?

PEDRO.—No la he visto aún. No, estaba en casa. Les repito que acabo de llegar.

ADRIANA.—Siéntese, por favor. Estará muy cansado. ¡Vive usted tan lejos! Cuéntenos, cuéntenos.

(Se sientan ADRIANA y PEDRO.)

PEDRO. (A ADRIANA.)—Ya sabe usted lo principal. Mañana, con más calma, podemos seguir hablando.

RAMÓN.—¿De qué?

ADRIANA.—¿De qué va a ser? ¡De la herencia!

RAMÓN. (Sin inmutarse.)—¿De qué herencia?

ADRIANA. (A PEDRO, por RAMÓN.)—No le haga caso. No cree en nada.

RAMÓN. (Firme.)—¿De qué herencia?

PEDRO. (Amablemente.)—¿De qué herencia quiere que hablemos? ¡Pues de la de su tío! Les ha dejado a ustedes un legado muy importante.

RAMÓN.—¿A nosotros?

PEDRO.—Sí.

RAMÓN.—¿Y los indios?

PEDRO.—¿Qué indios?

ADRIANA.—Los hijos de mi tío.

PEDRO.—¡Ah, ya lo saben ustedes! Es natural. Tenían que enterarse tarde o temprano. Lo siento. Yo respetaba mucho a don Federico, pero en su vida privada... Sí, hay unos hijos.

ADRIANA.—Mestizos, no indios.

PEDRO.—Claro. De todos modos, no será difícil comprarles su participación en los negocios. Ellos preferirán el campo. Así, en nuestras manos, quedarán las acciones de las fábricas, de la Sociedad. Don Federico fundó la Sociedad con mi padre, que en gloria esté. Dentro de poco, por tanto, espero que seamos nosotros los principales accionistas.

ADRIANA. (A RAMÓN.)—¿Te enteras bien?

RAMÓN.—Sí.

PEDRO. (A ADRIANA.)—Por cierto, yo procuré informarme

sobre ustedes al ocurrir la desgracia. Según mis noticias, parece ser que su marido tiene un puesto importante en una Compañía.

ADRIANA.—Es un empleado, nada más.

RAMÓN. (*Reaccionando, digno.*)—Soy el jefe de Contabilidad del Consorcio Hidráulico.

PEDRO.—¿Y está usted contento con su trabajo?

RAMÓN.—Mucho.

ADRIANA.—Ramón se conforma con todo. A mí me desespera. Le he dicho siempre que en la contabilidad no hay porvenir.

PEDRO. (*Sonriendo.*)—Creo lo mismo. Por eso sería cosa de ir pensando si no les convendría a ustedes hacer un viaje a América.

ADRIANA.—Lo estoy repitiendo desde esta mañana.

PEDRO.—Sería muy conveniente para todos. (*A RAMÓN.*)

Nadie mejor que usted para vigilar sus propios intereses.

RAMÓN.—Perdóneme, señor García. Es absolutamente imprescindible que le haga una pregunta, por extravagante que le parezca. Dígame de verdad, con el corazón en la mano: ¿no forma usted parte del sueño de mi mujer?

ADRIANA.—¡Claro que sí! ¿No lo estás viendo?

RAMÓN.—Un momento, Adriana. (*A PEDRO.*) ¿No estaré yo también soñando con un sueño prestado?

PEDRO. (*Riendo.*)—¿De qué sueño se trata?

ADRIANA.—Es muy largo de explicar. Ya se lo costaré también, mañana. Lo importante ahora es hablar del viaje.

PEDRO. (*Posiéndose de pie.*)—Dejémoslo para mañana, también. Para todo habrá tiempo. Ahora he de ir a casa. A pesar de que ya sabía quiénes eran ustedes, he tenido un gran placer en conocerles personalmente. (*A RAMÓN.*) Pléase usted en lo que le he dicho. El viaje merece la pena. La herencia es una verdadera fortuna. (*Besa la mano de ADRIANA.*) Buenas noches.

ADRIANA.—Buenas noches.

(Sale EL VISITANTE, acompañado por RAMÓN. ADRIANA suspira profundamente, como si se aliviara de un gran peso, y abre la puerta de la terraza. Se ve una noche estrellada sobre los tejados. De la calle sube el rumor de la ciudad. ADRIANA queda un momento de espaldas al público, contemplando la noche. Entra de nuevo RAMÓN. ADRIANA se vuelve. Los dos se miran en silencio.)

RAMÓN. *(Al cabo de una pausa.)*—Adriana...

ADRIANA.—No, no me hables. No hace falta que te disculpes. Yo comprendo muy bien lo que te pasa. No creíste en mi sueño. Eso es todo. Para tu tranquilidad, te diré que yo también llegué a sentir mis dudas. Estaba todo muy confuso. Hasta que vi el retrato de mi padre. Ya ves: ese simple hecho volvió a infundirme ánimos. Estaba segura de que iba a sucederme algo bueno. Porque no es que yo diga que el dinero es todo en la vida, pero es una de sus partes más agradables. Y ahora vámonos a cenar, para acostarnos en seguida. Nos hemos ganado un buen descanso.

RAMÓN. *(Resignado.)*—Todavía, no, Adriana. Aún esperas a alguien más.

ADRIANA.—¿A quién?

RAMÓN.—Al señor Santos.

ADRIANA.—No vendrá.

RAMÓN.—¿Por qué? ¿No te anunció por teléfono su visita?

ADRIANA.—Sí; lo oí muy claramente.

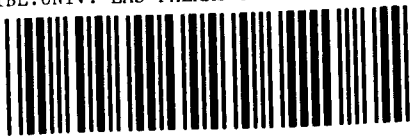
RAMÓN.—Entonces...

ADRIANA.—Pero ya ves: no ha venido. A veces lo que se anuncia con mucha claridad... pues no sucede.

T E L O N



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



479873

BIG 860-2 TOR can

